EL PIRATA NEGRO

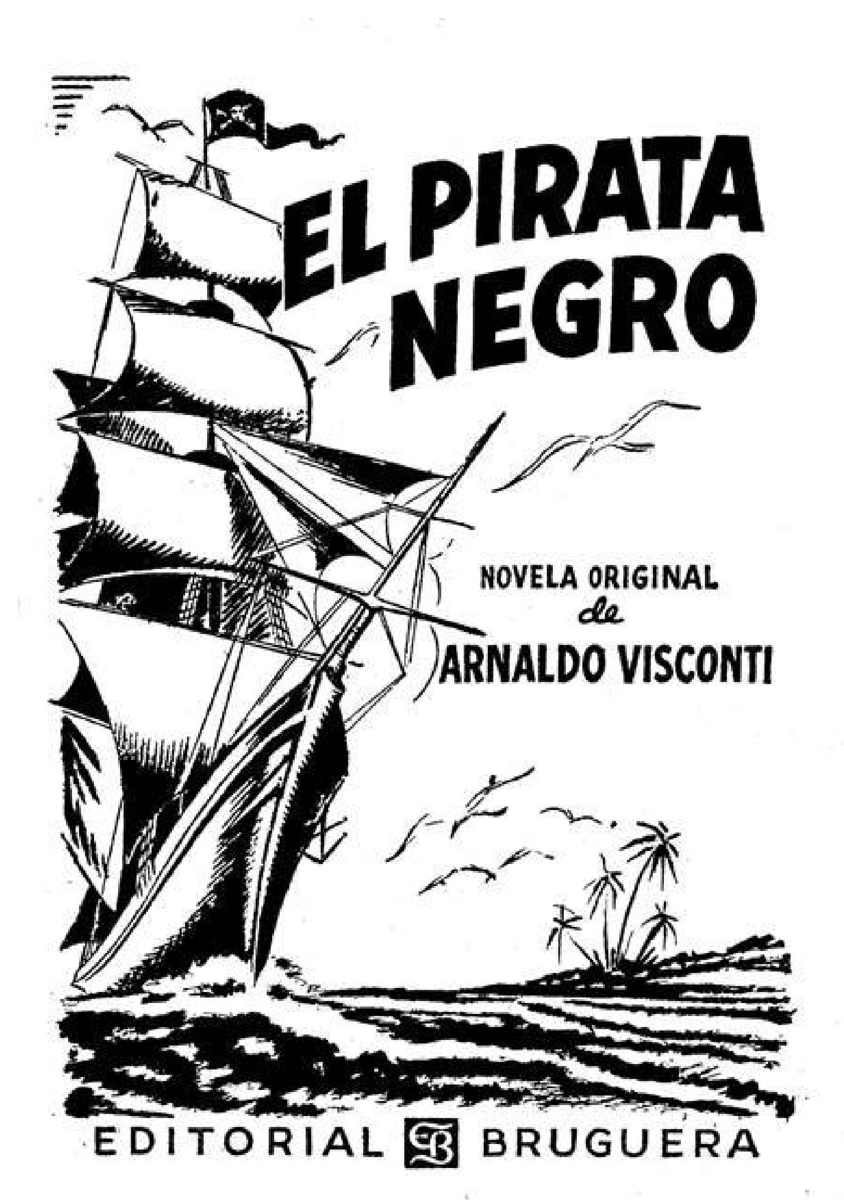
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

EL RETO DEL CHACAL


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

El reto del chacal

Colección El Pirata Negro n.° 60

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


EL
RETO
del
CHACAL

PRIMERA PARTE

MAR ARABIGO

CAPÍTULO PRIMERO

Dos buitres al acecho

Fenimore Graskell tenía un muy buen concepto de sí mismo como navegante experto y como dominador de hombres.

Sólo tenía un confidente: el espejo ante el cual todas las madrugadas, a las cinco en punto, se rasuraba con esmero, pasándose repetidamente el filo de la navaja por el bronceado cutis hasta dejárselo terso como la piel de un niño.

La nítida claridad de sus grises ojos que le habían valido el sobrenombre de ‘‘Ojos de Plata”, poseía una frialdad demostrativa de que ningún sentimiento caritativo se albergaba en su alma.

Y no obstante, Fenimore Graskell meditaba ante el espejo, que la torpe y vulgar humanidad se guiaba en exceso por las apariencias exteriores, sin profundizar.

No es que él se sintiera vejado por esos otros dos sobrenombres de “Témpano” y “Sin misericordia”, que muy al contrario le infundían íntima satisfacción, ya que recordaba siempre las cínicas palabras de su difunto abuelo:

“La blandura de carácter hará que todos te pisoteen, llamándote tonto infeliz. Cuanto más duro seas, más respetos te granjearás y el mundo se rendirá a tus plantas.”

El hecho de que su abuelo e instructor, muriera decapitado por el hacha del verdugo, no quitó en Fenimore Graskell la confianza en sus máximas que siguió escrupulosamente.

Su único escrúpulo era no tener ninguno, pero sentía una inmensa saturación de desprecio hacia los que juzgaban por las apariencias y que eran la mayoría.

Él se consideraba vesánico, dañino y malvado, y le perjudicaba su carencia de sonrisa, su frialdad de aspecto, Pero en cambio Narcisse Leblond, su capitán, siendo un verdadero engendro del

diablo, tenía a instantes el don de inspirar simpatías en quienes acababan de conocerle.

La sonrisa del rubio francés, sus modales amables, sus frases ingeniosas, granjeábanle de inmediato la simpatía de los que ignoraban su verdadero carácter.

Mientras se afeitaba cuidadosamente el labio superior, meditó Graskell en la razón por la cual sentía un respeto rayano en el temor por Narcisse Leblond, apodado “Mefisto”.

Debíase a que le consideraba no sólo dotado de una inteligencia excepcional, sino también capaz no ya de las maldades más atroces, sino de saber inventar ferocidades exquisitas, increíbles

Y por conocer la implacable insensibilidad de Leblond, tanto más era de extrañar la repentina inclinación que el jefe pirata experimentaba por aquel joven árabe.

¿Sería verdad que había seres que nacían dotados de una mágica, poderosa e irresistible atracción? Debía serlo en el caso de Cheij Khan, el joven árabe. No otra cosa debía suceder, cuando Narcisse Leblond que no confiaba ni en sus propias palabras, manifestaba tanta fe en Cheij Khan...

Una hermosa aventura, siguió meditando Fenimore Graskell, mientras volvía a enjabonarse el rostro, para darse una segunda pasada de navaja.

Era propicia aquella costa dentada, plena de lagunajos, ensenadas y salientes, para hallar un fácil ancladero que les permitiera estar al acecho.

Al acecho de un velero, cuyo mando, él, Fenimore Graskell, iba a tomar para constituir con Narcisse Leblond un grupo de ataque con el cual hostigar hasta el exterminio a la Legión del Mar mandada por el conde Ferblanc.

Cheij Khan habíase internado por la costa, para dirigirse a Ras-el-Hado, la capital de los piratas joasmes.

Narcisse Leblond debía estar bajo efectos de la poderosa influencia atractiva y dominante del joven árabe, cuando tanto confiaba en que Cheij Khan pudiera a solas, en terreno hostil, conseguir un barco con tripulación.

Al parecer, Narcisse Leblond, por el estudio de la historia de los joasmes, estimaba que le sería fácil a Cheij Khan, árabe, lograr el mando de un velero tripulado por joasmes.

Y entonces serían tres los barcos que navegando hacia el Caribe, terminarían con el baldón, que suponía para el pirata libre la existencia de la Legión del Mar…

“No eches a volar la campana de la imaginación, Fenimore”, y le parecía al pirata inglés estar oyendo la voz aguardentosa y sarcástica de su abuelo muerto en patíbulo, “porque te ensordecerá, impidiéndote oír la voz razonable.”

La voz razonable le decía a Fenimore Graskell, que el proyecto de Leblond era excelente… pero hacía falta realizarlo.

Todavía no había aparecido ningún, velero fácil presa, en aquellos cinco días que llevaban anclados en la costa sur de Omán, cuyo cabo doblaba, hacia arriba en dirección al estrecho de Ormuz, el temible paso dominado por Thomas Horton…

Thomas Horton… Otro ser de historia maravillosa semejante a la de Narcisse Leblond aunque en distintos decorados.

Narcisse Leblond de granujilla mendicante de los puentes del Sena bajo cuyas arcadas había nacido, convirtióse en “Mefisto” jefe de ladronzuelos.

Después fué corsario famoso, cuyas proezas celebraban largamente los franceses.

Y por último, convirtióse en pirata excepcional, siendo virtualmente el dueño del Caribe, hasta que… el conde Ferblanc y su Legión del Mar tomaron cartas en el asunto.

Thomas Horton de falsario, aprendiz de sastre en Plymouth, convirtióse también en jefe de bandoleros, para después transformarse en aparente mercader honesto en el delta del Éufrates y el Tigris.

Una transformación precedida del estrangulamiento de su esposa, con la que habíase casado al ésta enviudar por obra y gracia del propio Thomas Horton.

Éste, estrangulando al Sheik que le había protegido dándole mando de escuadra, convirtióse en Sheik de Shmira y era el dueño del estrecho de Ormuz.

Se decía que odiaba a los europeos…

Pero el cauce de las meditaciones de Fenimore Graskell sufrió otra alteración, ya que se puso a reflexionar en la abundancia de traiciones que caracterizaban a los hombres de vida azarosa y accidentada.

La navaja aun rechinaba sobre su piel, demostrando la persistencia de vello… Siguió meditando.

Dando por supuesto que el “Mefisto” abordara felizmente algún velero, y que Cheij Khan lograse adueñarse milagrosamente de otro, serían tres los barcos que bajo el mando único de Narcisse Leblond tomarían rumbo hacia el Caribe…

¿Previsiones del futuro? Si bien Leblond afirmaba que una vez Cheij Khan hubiese colaborado con ellos dos al exterminio de los imprudentes destacamentos españoles de la Legión del Mar, daría muerte al joven árabe para evitar que se ensoberbeciera, pensaba Graskell que quizá Cheij Khan se anticipase…

Porque, el joven árabe podía tener figura de trovador, pero sus obscuros ojos soñadores tenían a instantes luz de excesiva fuerza…

Imprudentes eran los destacamentos españoles de la Legión del Mar, meditó Graskell, cayos pensamientos no seguían un orden disciplinado.

Esos españoles eran temerarios. Dirigidos por el temerario conde Ferblanc, creíanse ya invencibles…

Sería grato que la historia grabaría los nombres de Narcisse Leblond y Fenimore Graskell como las de los grandes estrategas. En este caso, estrategas que devolvieron al Caribe el libre surco para las proas piratas.

Ya la navaja no rechinaba. El cutis de Fenimore Graskell presentaba una tersura satinada, que acarició complacido.

Hundió el rostro en la jofaina plena de agua y pensó por unos instantes en el extraño arcón que Cheij Khan había dejado en el camarote de Narcisse Leblond.

Un arcón que había necesitado de dos hombres forzudos para ser trasladado a la cala secundaria y que, sin embargo Cheij Khan había llevado sobre un hombro, cargándolo como si contuviera plumón de ave en vez de contener un macizo y rechoncho sujeto…

Al ajustarse el coleto, dejó Graskell de meditar. Subió a cubierta para dirigirse al puente de mando bajo cuyos toldos, ya Narcisse Leblond desayunaba.

El francés era un “gourmet”. Era un marino expertísimo, pero no olvidaba su calidad de parisién, y exigía en su cocinero especial un arte variado.

—Dos buitres al acecho— saludó Leblond, secándose los labios

con un amplio pañuelo de batista—. Dos buitres en espera de palomo incauto. Y tarda el palomo… Parece como si al aparecer el “Mefisto”, aunque su mascarón de proa esté oculto, las palomas han huido velozmente.

—Decía mi abuelo que quien la sigue la mata y que el cazador al acecho, sin moverse, con paciencia, caza más que el vagabundo.

—Tu abuelo era un imbécil, Graskell, con todo el respeto debido a la caterva de tus antepasados cochambrosos ¿De qué le servían todas sus máximas, si fué a meter el gañote en contacto con el hacha del verdugo londinense?

Desde el puente de mando en la nave refugiada en estrecha bahía de la costa arábiga, se divisaba un amplio espacio de mar en el que constantemente estaba enfocado el catalejo del vigía instalado en lo alto de la torreta de cofa.

También Leblond miraba, de vez en cuando, la ancha franja azul vacía de toda vela navegante.

—Cheij Khan llegará antes que nosotros a la isla que escogimos como punto de cita. Y sería vergonzoso, que él solo, se nos anticipara a nosotros dos. En esta empresa, llevas tú todas las de ganar, amigo Graskell.

—Así lo decidiste tú.

—Exacto. Así lo decidí yo—y Leblond miró a su lugarteniente que masticaba, sin placer, el cerdo ahumado que acompañaba con tragos de café—. Tenéis estómagos, de buey, vosotros, los ingleses. Ignoráis el arte de la gastronomía.

—Lo vamos aprendiendo gracias a la influencia francesa.

—Es agradable conversar contigo, porque posees un humorismo inconsciente.

—¿Por qué estimas que mi estómago es de buey?

—Tu abuelo, el grandísimo idiota filósofo, podía haberte inculcado la máxima del buen comer, ya que vivió entre franceses. Para desayuno, ligerezas tales como un alón de pollo, un poco de crema de chocolate y una infusión de leche con brandy. Reserva tu estómago para la comida de las doce, que es la real. Una jugosa colación a las siete y a las diez de la noche ligerísima cena. Comiendo así, tu espíritu se mantendrá, siempre despierto, rápido y preclaro.

—Disiento de tu parecer, Leblond.

—Sabes que mi elegancia espiritual te consiente la controversia para mejor esclarecimiento de los puntos en litigio. No hablaría mejor el señor Procurador general del cochino rey que ha permitido que me llamen “el paria apátrida”. ¿Te das cuenta? ¡Apátrida, yo! Yo, que soy francés por los cuatro costados y que tanta celebridad daré a Francia. Tu turno, Graskell.

—Opino que el desayuno es la comida que debe ser más fuerte. Mi abuelo...

—¿Es que no tuviste padre, o tuviste demasiados, que siempre estás citando a tu dichoso abuelito?

—Mi abuelo—continuó, imperturbable, Fenimore Graskell—vivió años entre los españoles, Y decía que si son tan poco amantes del trabajo se debe a que desayunan flojamente. Por eso rinden escaso trabajo mañanero. En cambio, almuerzan copiosamente, y de ahí que en sus tertulias digestivas, estén repletos de energías. Aseguraba mi abuelo que los altercados y las decisiones serias en España, nacían en conversaciones de sobremesa a la media tarde, porque era la hora, en que, bien alimentados los españoles, daban el máximo de sí.

Fenimore Graskell señaló su enjuto y magro semblante:

—Yo estoy alimentado y no estoy grasiento, porque después de siete horas de sueño, relleno el estómago con substancias.

—Bien, bien. Pero tengo la vaga sospecha de que no hemos efectuado tan largo viaje, para venir a discutir sobre nuestros respectivos pareceres del buen yantar, en una rada del mar arábigo. Por suerte, esta costa pirata es inofensiva. Los joasmes no tripulan más que “dhws” y el único peligro es si los barcos de Thomas Horton asomarán por allí...

Tendió la mano Leblond indicando la franja de mar visible y se puso repentinamente en pie, a la vez que oíase el triple grito del vigía:

—¡Goleta inglesa dos puntos a estribor!

Tanto Graskell como Leblond echaron mano a sus respectivos catalejos.

En lontananza divisaron las velas de una goleta, en cuyo mástil ondeaba el pabellón británico.

—¡Al encuentro!—dijo simplemente Leblond.

—A la orden, capitán — replicó Graskell.

Entre los dos hombres había, al parecer, confraternidad en los momentos de descanso, pero era porque el antiguo corsario inglés sabía, llegado el momento de combate, o de maniobra, convertirse en disciplinado lugarteniente “sin controversia”.

—¡Leven anclas!—transmitió Graskell—. ¡Tres puntos a babor!

Salió el velero de la rada y por efecto de sucesivas órdenes, en cubierta sólo quedaron estrictamente los hombres precisos para la maniobra,

Los demás piratas refugiáronse en 1a cala.

En lo alto del mástil ondeó el pabellón francés surcado en la franja superior por dos rayas diagonales.

Pabellón que pertenecía a un mercante bordelés...

* * *

Lord Segismund Ballantree paseaba por el entrepuente de la goleta “Empire of Bombay”.

A su lado, apoyado en el antebrazo del secretario del gobernador de Bombay, lady Ballantree escuchaba aburrida.

—...treinta millas más, y penetraremos en el espacio peligroso del mar Arábigo, infestado de joasmes y purulento de piratas de poca monta.

Lord Segismund Ballantree iba en compañía de su esposa, a tomar posesión del secretariado que en Shmira había instituido el gobernador de Bombay.

Una especie de embajada, con la cual, halagando a Thomas Horton, los ingleses querían congraciarse la buena voluntad del criminal inglés convertido en Sheik de Shmira.

Había sido elegido para tan espinoso cargo, Lord Segismund Ballantree, porque era un puritano sincero.

El puritanismo de Lord Ballantree consistía en que sinceramente y por fines políticos, estimaba que el mayor engrandecimiento del imperio británico, exigía que él, un funcionario, ignorase que Thomas Horton era un criminal.

Él no trataba con Thomas Horton. Él era el embajador en Shmira, destinado a congraciarse la amistad del poderoso Sheik de Shmira, quien era el que podía sanear el mar Arábigo.

Pero Lady Ballantree estimaba que la política era infinitamente femenina y, por tanto, despreciable.

—Por favor, Segismund, ahórrame tus estudios geográficos y

políticos. Yo soy tu esposa, no tu escribano.

—Debes conocer el lugar por donde navegamos, Sybil.

—La historia y la geografía son ciencias muertas, Segismund. Y en cuanto a la política, la considero ciencia de comadres de patios de vecindad.

—¡Oh, querida!—protestó, escandalizado, Lord Ballantree, que no lograba nunca acostumbrarse a la excesiva sinceridad de su esposa—. Si no amas lo que yo amo, ¿por qué te casaste conmigo?

—Imprudente...—dijo Sybil Ballantree condensando mucha intención en una sola palabra.

Pero Lord Ballantree, cincuentón envarado, no era diplomático ante su esposa

Enrojeció, para preguntar, irritado:

—¿Qué significa tu acusación de imprudencia?

—No seas pesado, Segismund,

—¡Insisto en que me aclares tu intención al calificarme de imprudente!

—Sea, ya que lo quisiste. Tú me mandas — sonrió ella—, Cuando me pediste como esposa, mi padre se emocionó enormemente. ¡Todo un personaje de la Gran Familia de La India! Pero yo te dije bien claramente que en ti sólo veía al hombre que podía permitirme veinte vestidos por año, collares y joyas que hicieran juego y también la emoción de visitar tierras de ensueño.

—No pretendí ser un joven príncipe azul — dijo, incisivamente, Lord Ballantree—. A cambio de tu belleza y tu juventud, te di un título, vestidos y joyas...

—Sí, pero ninguna emoción, querido. Esas tierras de ensueño nada ofrecen. Hasta ahora hemos vegetado en una capital habitada por sujetos indios y donde nos tienen todos un temor profundo. Casi me producía más emoción el galopar tras el zorro en las praderas de Lancashire.

—Te acuso de falta de entusiasmo, Sybil. Una esposa amante debe colaborar en la labor de su marido.

—Soy tu esposa, Segismund, pero no tu amante.

—A veces te detesto profundamente, Sybil por tu afectada manera de buscar siempre frases supuestamente ingeniosas, que es afición que los provincianos de Láncashire te inculcaron, haciéndote creer que la dama se reconoce por su ingenio.

—Mi ingenio se coloca a la altura del tuyo, querido.

Iba Lord Ballantree a replicar enojado, cuando un rumor de pisadas corriendo, le llamó la atención.

Vió varios marineros que acudían a los cañones alineados a ambas bordas y oyó las voces de mando, ordenando que cada uno acudiera a sus puestos de combate.

—No os alarméis, milord—dijo un joven teniente, viniendo a saludar al matrimonio—. Me envía el señor capitán, que no puede acudir personalmente, para que os comunique que es simplemente una maniobra de precaución obligatoria.

—¿Debido a...? — interrogó Lord Ballantree.

—Ha sido avistado un velero que luce pabellón mercante francés pero esas aguas no permiten confiarse hastía no cerciorarse bien. Por de pronto, milord, el señor capitán os comunica que si bien el mercante enfila proa hacia nosotros, ha agitado banderola en petición de auxilio y está escasamente artillado, lo cual hace suponer que necesitará víveres, o munición.

Saludó el teniente, alejándose.

—¿Para qué tanto circunloquio?— preguntó Sybil Ballantree.

—Para que vos no os asustéis—dijo Lord Ballantree—. Agradeced después a la hora del almuerzo, esta atención al señor capitán, que en deferente muestra de galantería no ha querido que os alarméis ante lo que no es más que simple precaución.

—Dicen que esos mares son peligrosos, Segismund, y hasta ahora no veo más que capitanes cortesanos, políticos aburridos y mercantes hambrientos.

Capítulo II

Los joasmes deliberan y Cheij Khan actúa

La nave anclada frente a la blanca ciudad de Ras-el-Hado, la solitaria capital de los joasmes, parecía inhabitada.

El incipiente crepúsculo perfilaba la silueta encubierta de un gigantesco sujeto de impresionante apariencia, que, arrodillado, tendía las riendas de un blanco caballo a un joven árabe.

—Dirige las riendas de tu caballo, Cheij Khan, como dirigirás al triunfo la nave "Islam", con sus piratas joasmes[1].

El velero llevaba grabadas en la proa, la palabra "Albatros".

Cheij Khan, mirando a Tartar-el-Kabir, ordenó:

—Ponte en pie, Tartar. Serás mi segundo porque tu conocimiento del arte de navegar me será útil. Pero recuerda que sólo se arrodilla el hombre libre ante una mujer, para mejor engañarla.

—No soy libre, porque en ti he hallado al hombre que quiero como mi jefe. En ti hay un poder de dominio, que te hará ser dueño donde te lo propongas.

—No opina lo mismo el viejo Harbin-el-Neid.

—Siente envidia. Los joasmes no tuvieron nunca jefe. Y él era el que, con sus consejos, actuaba a modo de jefe. Hiciste bien en consentir que se reunieran todos en la cala para deliberar. Pero déjame darte un consejo.

—De ti, que almirante fuiste de la flota persa, bienvenidos sean los consejos.

—Los joasmes admiran la fuerza. Demuéstrales que eres fuerte. Demuéstrales que tu aspecto es engañoso y que tus brazos tienen la dureza del pedernal y tus puños sacan chispas de la roca.

—Por el instante les demuestro mi fuerza, permitiéndoles que oigan la cascada voz de un viejo envidioso. Después, si tardan

mucho, actuaré y conocerán mi fuerza.

—No han sabido leer en tus ojos tu inexorable desprecio de la vida humana, tanto la tuya como la ajena.

—¿Tú sí lo has sabido leer?

—Soy un pobre loco y a nosotros, como a los niños, nos está dado el percibir lo invisible para los demás.

El tártaro, ya en pie, hablaba en español perfecto; seguía sosteniendo las riendas del blanco caballo.

—Tu nombre es Tartar y en Ras-el-Hado, te apodaron El-Kebir, que tanto significa loco, como santón. Pero ahora eres mi segundo, Tartar, y conmigo olvida que te apodaron El-Kebir.

—Si los joasmes prolongan su deliberación ¿puedo saber qué piensas hacer, chacal Cheij Khan?

—Les daré tiempo suficiente para oír cuantos alegatos aduzca Harbin-el-Neid. Después, les demostraré que deben respetarme, porque para ellos sólo hay una ley: la del más fuerte.

En la rueda del timón del "Albatros", aparecía un cadáver mantenido en pie por la espada que le atravesaba el pecho, clavándolo contra la madera.

Patrick Yellow, el barbudo irlandés, capitán del capturado velero "Albatros", había sido la primera demostración de la ley del más fuerte...



En la cala del "Albatros", un centenar de árabes, algunos en pie, otros sentados y los más tendidos en camastros, estudiaban las palabras de un viejo de larga barba blanca rala, que soportaba



...había sido la primera demostración de la ley del más fuerte...

sendos tirones excitados que le propinaban las flacas manos del propio dueño de aquel aditamento velloso.

—¿Cree el impertinente y joven caíd que por haber vencido a Patrick Yellow nos demuestra su fuerza?

—Venció también a Tartar-el-Kebir—dijo uno, indolentemente, desde el camastro.

—Dijo también que un barco sin timón y mandado por muchos, encalla y naufraga—añadió otro también tendido.

Harbin-el-Neid estiróse salvajemente la barba:

—¿Estáis todos bajo el influjo de un mago, joasmes? ¿Quién es el caíd Cheij Khan? Un Jefe de tribu árabe. Pero eso no le da derecho a mandar en nosotros, los valientes joasmes independientes.

—Dijo él que tú entregaste tu hija como esposa del irlandés, y éste nos mandaba.

—¡En las velas!—aulló Harbin-el-Neid—. Pero no en nosotros. En nosotros nadie manda.

—Es un hijo del creyente, y Tartar-el-Kebir le sirve como

esclavo, cuando no admitía mando de nadie.

Harbin-el-Neid pensó que más convenía la astucia. Era incomprensible, pero lo cierto era que Cheij Khan se había impuesto a los joasmes.

—Le creéis dotado de poderes mágicos, porque siendo esbelto y joven, ha vencido al gigante tártaro y al gigante irlandés. Pero, ¿le basta eso para mandar en nosotros?

—No—aprobaron varios, dando razón al consejero.

—Sabéis que yo, por viejo y sensato, os aconsejo siempre sabiamente.

—Larga vida te dé Alá, viejo sensato— halagó uno de los joasmes

—¿Que hace ahora el caíd Cheij Khan? Espera en cubierta nuestra decisión. Eso demuestra que nos teme.

—¡Sí!

—Dejémosle en esta poco airosa postura, valientes joasmes. Y cuando la noche crezca, habrá Cheij Khan huido...

—¡No! Él vendrá aquí...

—Es posible, porque es atrevido y osado como el joven león del desierto. ¿Sabéis qué hemos de hacer?

—Habla, viejo sensato.

—Todos permaneceremos mudos y tendidos en los camastros.

—¿Por qué?

—Él quiere mandar en nosotros. Sólo puede mandar en nosotros, el que nos demuestre que sabe hacerse respetar. ¿Y qué puede un hombre contra cien joasmes decididos a no levantarse cómo hacen los marinos cuando un jefe entra en sus aposentos?

—Tiene razón el viejo sensato—dijo uno.

Los demás que seguían en pie o sentados, tendiéronse en los camastros, mientras Harbin-el-Neid, acariciándose ahora la barba, se tendía también, seguro de su triunfo.

* * *

—¿Sin armas, chacal Cheij Khan? —preguntó, admirado, Tartar.

—No mato moscas a pistoletazos, Tartar. Y mi espada no se mancha con sangre de mosquitos. Los joasmes han tardado ya lo suficiente, para poder deliberar a su antojo. Ya oíste lo que chillaba Harbin-el-Neid. Necesitan ellos saber quién es el que quiere mandarles, porque puede y porque quiere este barco.

Levantáronse ambos de la postura que habían adoptado al tenderse junto a una de las escotillas.

Mientras se dirigía acompañado por Tartar a tres pasos de distancia tras él a la cala, comprendía Cheij Khan que iba a jugarse e1 todo por el todo entrando sin armas en una cala superpoblada de piratas joasmes, que si bien admitían en él cualidades superiores, se envalentonarían al verle desarmado entre tantos.

En la cala un olor fétido de cuerpos amontonados y sudorosos se mezclada a la pestilencia de residuos humanos...

Todos los tripulantes del "Albatros" permanecieron acostados, dirigiendo miradas de curiosidad al joven que, en el umbral, vestido ricamente a la usanza de los caíds árabes, les examinaba con impasible continente de indiferencia.

El silencio se prolongó, llegando a ser molesto para Harbin-el-Neid, que desde el camastro, incorporándose, quedó sentado para, exclamar, con braceo exaltado:

—¡Hemos deliberado! ¡Los joasmes no acatan el mando de nadie! ¡Vuelve a tu desierto!

Cheij Khan veía los rostros patibularios de todos los joasmes, que escuchaban atentamente el duelo verbal que iba a iniciarse y del cual todo dependería.

—En tus gritos hay, o bien cobardía de viejo asustado o bien envidia de consejero defraudado, Harbin-el-Neid.

—¿Insultas al viejo sensato?—preguntó uno de los joasmes, acariciando significativamente la empuñadura de su corvo sable.

Cheij Khan avanzó apoyados los puños en las caderas. Vino a colocarse en el centro de los amontonados camastros.

—Escuchadme pon la parsimoniosa reflexión que nos identifica a todos nosotros, los de la raza morisca, salvajes en el combate, pero de calmosa serenidad antes de la acción. Yo soy un viajero de todos los caminos. He subido a bordo de una nave a cuyo capitán he dado muerte. Os hablo con autoridad porque sé que llevando yo el mando del "Albatros", convertido en "Islam", os conduciré a otros mares donde imperaremos y los valiosos botines nos enriquecerán. Pensad bien en el significado de mi llegada. A otro cualquiera, le habría vencido Patric Yellow. Yo le he dado muerte. A otro cualquiera, Tartar-el-Kebir le habría aplastado. Yo he vencido a Tartar-el-Kebir que me acata como jefe. A otro cualquiera, le

habríais ya degollado por venir a vuestro bordo, hablando con autoridad. Sin embargo, me estáis escuchando, deseosos de que os demuestra que soy vuestro jefe. A otro cualquiera, le habría apabullado el viejo y sensato Harbin-el-Neid. Y ahí tenéis a1 viejo sensato que chilla como gallina colérica y asustada, siendo valiente joasme. ¿Por qué? Porque adivináis en mí al elegido de Mahoma, porque presentís en mí al jefe que conducirá al “Islam” por singladuras de triunfo, alejándolo de este mar, donde pronto seríamos vencidos por las grandes fuerzas del Sheik de Shmira o tendríamos que pagarle tributo de vasallaje. Y nosotros no queremos pagar a nadie tributo. El “Islam” navegará capitaneando otras dos naves, exterminaremos al enemigo blanco. ¿Qué es ahora el “Albatros”? Una nave hermosa, rápida y veloz que no puede moverse con vuestra sola fuerza. Necesita el “Albatros”, convertido en “Islam”, del mando de un capitán como yo y de un lugarteniente como Tartar y la palabra joasme hará temblar de pavor en el mar Caribe a todos los blancos...

Cheij Khan había ido hablando lenta y sonoramente, y dábase cuenta que sus razonables palabras, hacían mella en sus oyentes, que de vez en cuando miraban a Harbin-el-Neid esperando que éste hallara refutación a lo que decía el hombre que había vencido a Tartar-el-Kebir y había matado a Patrick Yellow, con la fuerza mágica de sus brazos y con el latigueo poderoso de su espada...

—Soy el chacal Cheij Khan y uno a la ferocidad del lobo la astucia del zorro. Soy de raza morisca y, por tanto, os puedo mandar sin humillación, porque un joasme no puede acatar mando de otro joasme, pero sí debe respeto al de raza morisca que le conducirá a la gloria del Paraíso, porque propagará por mares infieles el respeto al nombre de Mahoma. Harbin-el-Neid calla porque sabe que sus palabras no serían ya sensatas. Harbin-el-Neid vive porque es viejo y no puede darme pelea. Y ahora, Tartar, diles a los valientes joasmes lo que debe hacer una tripulación para ir al triunfo.

El tártaro batió palmas por tres veces con sonora resonancia, destacando sus voluminosos bíceps...

—Ya no soy El Kebir, sino Tartar, porque así quiere que sea llamado, mi jefe, el caíd chacal Cheij Khan. He sido almirante de la tercera flota persa y ahora, sumisamente, porque he adivinado el

poder de dominio y mando en chacal Cheij Khan, de raza mahometana como nosotros, acato con júbilo la autoridad de nuestro jefe. Los barcos de las otras razas consiguen fáciles triunfos porque conocen una ciencia que vosotros ignoráis. Es una ciencia llamada disciplina que significa obediencia a las órdenes de un ser superior. Un ser superior a nosotros en inteligencia, fuerza y voluntad. Por esto, cuando él se digna visitaros en vuestro alojamiento, debéis poneros en pie, como muestra de respeto.

Ninguno de los joasmes se movió, porque todos miraban a Harbin-el-Neid, el cual sonreía con la tenuidad característica de la raza árabe

La ironía árabe es la más irritante de las ironías; se traduce en un parpadeo continuo, una sinuosa y una voluntaria indolencia de abandono total de relajación muscular

—En los barcos que he mandado conduciéndolos al triunfo —mintió Cheij Khan, sonoramente—todos los hombres se ponían en pie al yo aparecer. Aquí será lo mismo. ¿Me habéis oído, joasmes? Todos en pie, porque a partir de mi llegada tenéis un jefe.

Harbin-el-Neid gruñó, manoteando con gestos amenazadores:

—Es un imberbe joven caíd sin armas, joasmes. Reíos de él. Nada puede contra todos nosotros. Seguid conservando vuestra postura de sabia indiferencia.

Cheij Khan, con los puños en las caderas, empezó a andar por el estrecho pasadizo que dejaban entre sí los hediondos camastros de madera, constituidos por tableros.

En cada camastro había tendidos tres hombres En los dos primeros camastros, los joasmes que los ocupaban, tras intentar resistir la fijeza inexorable de la mirada de Cheij Khan, tuvieron una vacilación evidente, poniéndose por fin en pie.

Un ancho y macizo árabe de Siria, de facies aplastada, quedóse indolentemente echado.

—Si aprecias tus dientes, levántate—silabeó Cheij Khan, con suave entonación.

El árabe de Siria, siguió masticando sus semillas de girasol como un estólido rumiante insensible, mirando con insolencia al que pretendía imponerse como capitán.

Cheij Khan apoyó una de sus botas en el borde del camastro. Empujó y las tablas cayeron, arrastrando entre ellas, al corpulento

árabe de Siria.

Un sordo rumor elevóse en la cala. El árabe de Siria levantóse con mueca amenazadora.

—Tú sin armas, te has atrevido a derribarme traidoramente— dijo, con sorda voz, el árabe de Siria—. Yo soy Bourka el luchador que todos temen.

—Prepárate a luchar, Bourka, porque voy a convertirte en una masa pulposa, como la granada aplastada por el paso de una caravana.

Algún árabe rió, para animar a Bourka. Era imposible que aquel joven caíd árabe esbelto pudiera vencer a Bourka.

Las risas aumentaron y fue llar Harbin-el-Neid el primero en reír con todas sus fuerzas para disipar la sensación de dominio que emanaba del sereno continente de Cheij Khan.

Bourka avanzó contoneándose muy orgulloso do su robusto cuerpo de luchador. Era el “abrazo de hierro”, el “titán de Siria”...

Con una sonrisa de superioridad miró al resto de la tripulación antes de disponerse a combatir.

—No tienes espada, caíd Cheij Khan, y me has desafiado a lucha de brazos. Soy más fuerte que Tartar.

—El vigor no está ahora en tus labios, Bourka, sino en tus actos y en tu corazón.

El voluminoso brazo de Bourka avanzó en rápido zarpazo destinado a coger el cuello de Cheij Khan.

Sonrió Bourka cuando vió el salto de lado que dió Cheij Khan. Envalentonado por lo que creía huida, dió dos pasos con las manos tendidas y se detuvo estupefacto cuando recibió en la frente un seco puñetazo.

Cheij Khan empleaba, a sabiendas de que iba a impresionar a los presentes, el arte de usar solamente los puños, que le había enseñado en Londres un camorrista original de los bajos fondos.

Bourka y toda la tripulación creyeron que aquel misterioso caíd poseía algún poder mágico, cuando sólo empleaba los dos puños desde lejos y no intentaba asirse como lo hacían los buenos luchadores que intentan abrazarse para hacerse caer al suelo.

El caíd se limitaba a lanzar los puños hacia adelante, con movimientos ágiles de cintura, gafándose de las inútiles y repetidas tentativas de Bourka para apresarle.

Y el rostro de Bourka empezaba a hincharse, sangraba... Bourka, el luchador invencible, orgullo de los joasmes, iba retrocediendo, tambaleándose y por su pecho se extendía la sangre que manaba de su rostro...

Bourka vacilaba, flotaba semiinconsciente y al fin caía al suelo, resoplando como un buey alcanzado por el mazazo de un matarife poderoso.

Un clamor de furor se elevó de la garganta de Harbin-el-Neid, contagiándose a los demás.

Dos joasmes saltaron hacia Cheij Khan, que los recibió con otra treta aprendida en las tabernas de París: el puntapié francés...

La mandíbula de uno de los joasmes se partió; el segundo, doblado hacia delante, llevóse las manos al estómago chillando de dolor antes de desplomarse.

Un tercero avanzó, sable en alto. El puñetazo que recibió, sin verlo venir, en plena sien, le hizo hincar el sable en el suelo de madera, con los ojos vidriados, sin sentido...

Oíros dos piratas joasmes chocaron violentamente con sus espaldas contra el madero.

Cheij Khan giraba ágilmente en todas direcciones, y sus puños, como martillos demoledores, iban derribando a los atacantes...

Siete tripulantes quedaban en el suelo pareciendo dormir. Los restantes los contemplaban y se iban poniendo en pie...

Tartar no se había movido. Seguía estatuario, brazos cruzados en alto, separados los codos del busto...

Cheij Khan, en gesto voluntariamente lento, señaló con sus manos abiertas sus pies y después, las mostró.

—Sólo mis dos manos y mis dos pies me bastaron para vencer a valientes joasmes como Bourka y los otros seis. Eran valientes joasmes y yo sólo empleé mis manos y mis pies. Suponed pues, con armas, la cantidad de blancos que han ido cayendo ante mí y caerán para mayor gloria del “Islam”. Yo soy el capitán Cheij Khan. Que no se os olvide de ahora en adelante. Tú, Harbin-el-Neid, si quieres puedes bajar a tierra o acatar mi mando. Escoge

Harbin-el-Neid comprendió que 1a rápida demostración de fuerza, y un extraño poder que emanaba del autoritario joven, habían influido en los joasmes que necesitaban de alguien que pudiera “mandar en las velas”.

Pero quiso acogerse a una última resistencia.

—¿Reconoces que los joasmes son valientes e invencibles ante los demás seres?

—Lo reconozco. Sois invencibles juntos y disciplinados, bajo mi mando, que os conducirá por caminos azules de gloria.

—Cuando apareciste a bordo y tras vencer al capitán Patrick Yellow dijiste que tu poder de dominio era también resentido por los infieles de las otras razas.

—No digo más que aquello que cumplo, Harbin-el-Neid.

—¿Recuerdas una fantástica promesa que hiciste?

—Nada es fantástico, puesto que todo lo cumplo. Vosotros bien lo habéis visto, como lo vieron Tartar, Patrick Yellow, Bourka y esos otros seis.

—Dijiste, chacal Cheij Khan...

—Capitán Cheij Khan — corrigió Tartar, severamente.

—Dijiste, capitán Chacal—continuó Harbin-el-Neid—que en una isla al Sur de la costa de Omán, tú harías aparecer dos barcos mandados y tripulados por hombres de raza blanca, los cuales sin fuego ni lucha te obedecerían, navegando con nosotros hacia la conquista de otro mar.

—Así es. Lo dije y lo haré.

—¿Cómo puede ser? En este mar de Arabia, sólo hay los barcos de los infieles de rubio cabello y las naves del Sheik de Shmira. Y los ingleses no ceden sus barcos ni tampoco el Sheik de Shmira, que es dueño y señor del estrecho de Ormuz

—La duda anida en tu espíritu, Harbin-el-Neid.

Hizo el viejo joasme un gesto evasivo, al contestar:

—Tu fuerza y tus poderes mágicos han quedado demostrados. Pero, si quieres que yo también te rinda respeto como a capitán Chacal de esta nave, demuéstrame que es cierto que tienes también poder para que dos naves de ínfleles acaten tu mando.

Algunos joasmes aprobaron con la cabeza.

Cheij Khan señaló al tártaro, que seguía estatuario con los brazos cruzados delante del pecho

—Este hombre es el portavoz de mis órdenes. Él recibirá mis mandatos para que las velas del “Islam” lleven a los valientes joasmes hacia la isla donde dos naves esperan mi mando.

Capítulo III

La galantería francesa y la cortesía inglesa

Narcisse Leblond poseía una rápida agilidad mental, que le permitía brevemente ingeniar el mejor medio de sacar el máximo de utilidad a cualquier situación.

Mientras su velero pirata “Mefisto”, enarbolando pabellón mercante y ocultos en las calas la mayor parte de sus tripulantes, enfilaba proa hacia el “Empire of Bombay”. Leblond en el puente de mando, manifestó su parecer a su lugarteniente:

—Coincidimos, Graskell, en reconocer que el mundo se guía por las apariencias, si se sabe sostener lo que las apariencias pretenden. Un pabellón mercante, nuestros cañones que no asoman sus bocas, la banderola en petición de auxilio, mi agradable presencia de galante francés y tu severa corrección británica de silenciosa cortesía, son les primeros disparos sin bala ni pólvora, que están mellando las defensas del “Empire of Bombay”.

—Es un barco bien artillado, capitán Leblond. Sus servidores están en las piezas.

—Sí. Por el instante sólo se limitan a cumplir con las medidas más estrictas de la más elemental de las prudencias. Después, si como espero, nuestras apariencias les dan confianza, el “Empire of Bombay” pasará a mi poder, capitaneado por ti.

A medida que el “Mefisto” avanzaba hacia la goleta inglesa, Fenimore Graskell retransmitía por enlaces las órdenes que le daba Narcisse Leblond.

Y cuando ya el “Mefisto” quedaba al pairo, presentando el costado de babor a la goleta “Empire of Bombay”, Fenimore Graskell admitía mentalmente la superioridad de Narcisse Leblond, como cerebro de gran fuerza organizadora.

Un cerebro que no descuidaba el menor detalle ni eventualidad.

Y por eso, si bien la lancha que conducía a los dos jefes piratas hacia el “Empire of Bombay” ostentaba pabellón de auxilio, Fenimore Graskell miraba amorosamente la estructura de la goleta, como futuro dueño de ella.

* * *

El “comodor” Leslie Nicholls, de la Armada británica de las Indias Orientales, capitaneaba la goleta “Empire of Bombay” por una de esas casualidades fortuitas al servicio de los afortunados que desde la cuna recogen obsequios continuamente.

No era jefe de mar por méritos, sino por influencias. Sanguíneo, pero de complexión fofa, sus aficiones eran la buena mesa, la vida social y las conversaciones de sobremesa con espíritus que manifestaban conocer el mundo.

Le condujo a Bombay un afán viajero, no por carácter aventurero, sino para poder luego asombrar a la sociedad de Londres, narrando en sobremesas el cúmulo de experiencias adquiridas en su estancia en Bombay.

Pero encontró en la ciudad de Cachemira un gran amigo que le adeudaba favores. Un amigo que había progresado convirtiéndose en uno de los magnates de la Compañía de la East India.

Leslie Nichols, por prebendas familiares, gozaba del título de “comodor”, y aunque no había embarcado más que como pasajero de distintas naves, su amigo le convenció del prestigio que resultaría si a su regreso a Londres pudiera contar que había sido “comodor’’ en ejercicio activo y con efectividad de la goleta “Empire of Bombay”.

No era un viaje peligroso, ya que la dotación de la goleta era excelente. Era un barco bien artillado y por enfermedad del capitán que la mandaba, debía posponer la salida de Lord Ballantree, nombrado secretario en el estado independiente de Shmira.

Leslie Nicholls debía limitarse a desembarcar y acompañar a Lord Ballantree y su esposa hasta el palacio de Thomas Horton, más conocido por el título de Sheik de Shmira.

Después, a su regreso a Bombay, resignaría el mando en el repuesto capitán.

Aunque grandemente halagado, Leslie Nicholls insinuó que sus conocimientos marítimos, si bien eran profundos teóricamente, eran nulos prácticamente.

Y este inconveniente también lo resolvió su influyente amigo, alegando que un “comodor” era simplemente un jefe representativo destinado a lisonjear a los dos pasajeros que viajarían a bordo del “Empire of Bombay”, quedando la rutina de la navegación a cargo de los dos tenientes y contramaestres.

Aceptó Nicholls y en los veinte días que duraba la navegación desde Bombay al punto en que habíales salido al encuentro un mercante francés enarbolando pabellón y ostentando banderola de auxilio, había disfrutado doblemente el obeso, “comodor”.

Había disfrutado con las sobremesas políticas de Lord Segismund Ballantree y el ingenio ácido y chocante de Lady Sybil.

Y gozaba, porque concienzudamente dedicaba varias horas al día a estudiar manuales del arte marítimo, que le permitían dar órdenes con tajante superioridad, como experto “comodor” que estuviera avezado a surcar los siete mares.

Por eso, desde el alto puente de mando, gozó viendo como obedecían todos los tripulantes las órdenes que él había dado al teniente de servicio..

Ordenes que precisamente el día anterior había estudiado, como si previera el caso que estaba presentándose.

Que era un “comodor” en su primer viaje de jefe, sólo lo sabía su íntimo amigo de la East Company,

Y atendiendo a las reglas de cortesía debidas al pasajero conspicuo que a bordo llevaba, envió al otro teniente a tranquilizar el ánimo, seguramente alarmado de Lord Ballantree, cuando observase las disposiciones de batalla que adoptaban los tripulantes de la goleta, avistando el velero que se acercaba.

Pero cuando una lancha destacó del lado del velero para aproximarse a la goleta, recordó Leslie Nicholls lo que sus manuales del arte marítimo especificaban:

“…y el traslado de capitán y lugarteniente al bordo de la nave de la cual solicitan ayuda, obliga al capitán visitado a deponer la disposición, de orden completo de batalla, para dejar tan sólo un servidor por pieza y tres centinelas por banda, cuatro por proa, y seis por popa”.

Dió secamente las órdenes Leslie Nicholls:

—Abandono de zafarrancho de combate. Un servidor por pieza y tres centinelas por banda. Los equivalentes en este orden a proa y

popa. Cumpla, teniente Rivers.

Estaba íntimamente desbordante de satisfacción al ver 1a prontitud con que eran acatadas sus órdenes por marineros duchos en todo ese ritual que dos días antes ignoraba el propio “comodor” de la goleta.

Tenía buena memoria, como era lógico en un ameno narrador de anécdotas como él y fué recordando lo que la cortesía debida entre capitanes del mar exigía en casos parecidos.

Acercóse a la borda cercana a la pasarela que conducía a la sala capitana, desde la cual podía devolver el primer saludo al capitán visitante...

Leslie Nicholls se las daba de psicólogo, cuando comentaba escándalos o comadreos sociales.

Y definía tajantemente, como axiomas, los estudios que hacía de las personas en entredicho, por su carácter deducido por la apariencia de sus rostros.

Al devolver el profundo saludo del capitán visitante, que apenas puesto el pie en la pasarela inferior junto al costado de la goleta destocóse para saludar profundamente, Leslie Nicholls determinó que era un elegante francés de galantería indiscutible.

También Sybil Ballantree hacía su estudio... A medida que Narcisse Leblond, seguido por Fenimore Graskell, ascendía por la escalerilla pendiente al costado de la goleta, Sybil Ballantree sentíase interesada,

Pensaba haber visto a un tosco marino de edad madura y veía a un elegante caballero de rostro hermoso...

Un rostro hermoso pero diabólicamente inquietante, meditó ella. Aunque sonrióse porque atribuía aquella impresión, al contraste que ofrecía el capitán mercante francés con la estolidez carente de atractivos del fofo Nicholls, la ingenuidad abobada del teniente Rivers, la fealdad del teniente Lortimer y la monótona madurez pedante del propio Lord Ballantree...

Avanzó Narcisse Leblond, apoyado el tricornio en su antebrazo doblado, hasta detenerse frente a Leslie Nicholls:

—Buenos días, capitán—saludó en un inglés medianamente correcto, debido a las lecciones de su lugarteniente— Me presento como capitán del velero bordelés mercante “Taillemer”.

Ya Nicholls, con ayuda de su anteojo había leído la pancarta

“Taillemer”, cubriendo la enseña “Mefisto”. Y también había visto como mascarón de proa una figura que creyó un tritón vestido con flotantes trapos, que no eran sino lonas encubriendo la verdadera figura de madera de un diablo sonriente de rubios cabellos.

—Mi nombre es Blondeau, Narcy.

—Bienvenido, capitán Narcy Blondeau—replicó, en francés, Leslie Nicholls.

Le gustaba demostrar que era un “comodor” perteneciente a la clase alta inglesa, que conocía el francés al igual que su propio idioma.

—Soy el “comodor” Leslie Nicholls.

—Permitidme que os presente a mí segundo, Fermín Kelgras, bretón de ascendencia inglesa.

—Mis segundos tenientes, Barley Rivers y John Lortimer—presentó, a su vez, Leslie Nicholls.

Los subalternos saludáronse rígidamente y los tres tuvieron en su marcial apostura toda la cortesía fría inglesa.

Y aquello agradó a Lord Ballantree, que a unos diez pasos de distancia comentó, en voz baja:

—La galantería francesa no es superior a la cortesía británica Razas superiores, Sybil.

—¿Tenéis la bondad de aceptarme una copa de Oporto, capitán Blondeau?—invitó Nicholls.

—Muy a voluntad, “comodor”.

En la sala capitana, separados loa dos tenientes y Fenimore Graskell unos pasos de la mesa, donde los dos capitanes elevaron sus copas chocándolas después, Narcisse Leblond bebió pulcramente

Vaciada la copa y ultimados, pues, los rituales de cortesía exigida, señaló Nicholls un asiento a su visitante.

—Después que vos lo hagáis, “comodor”—denegó Leblond.

Sentados los dos y en pie separados los lugartenientes, Narcisse Leblond empezó sus mentiras:

—Procedemos de Madagascar y nos disponíamos a terminar escala en Bombay, pero hemos tenido mala suerte.

—¿Calma chicha?—inquirió, como si fuera un gran experto en estas lides el inglés.

Narcisse Leblond sí que realmente era un psicólogo consumado y el rostro fofo y sanguíneo de Leslie Nicholls rezumaba grasa y

vanidad.

—No se os podía escapar la causa, “comodor”. Me inclino ante vuestra perspicacia. A media costa del país de los Grandes Lagos, hemos soportado una decena de días consecutivos de calma chicha. Y al irse acortando nuestras provisiones de víveres y agua potable, tuve que tomar la decisión de remontar la costa de Omán, en la esperanza de encontrar algún navío de la East Company que tuviera la gentileza de proveerme, para permitirme arribar felizmente a Bombay. Estas costas son peligrosas debido a la presencia, como no lo ignoráis, de los piratas árabes y por eso no podía atreverme a poner en peligro mi carga. Doy gracias al cielo de que vuestra goleta me fuera visible como promesa de solución

—¡Teniente Rivers! — invocó autoritario, Nicholls—. Vos tasaréis cuánto y en qué cantidad puede la “Empire of Bombay” favorecer las alacenas del capitán Blondeau

—¡Kelgras!—manifestó Narcisse Leblond—. Poneos a disposición del teniente Rivers, para saldar con la mercancía que él elija, el favorable aumento de nuestras provisiones. Os hago saber, “comodor”, que mi velero transporta a Bombay semillas, granos y maderas de Madagascar, así como telas sedosas de Lyon y barriles de vino bordelés, uno de los cuales me he tomado la libertad de mandar traer en la lancha, para que os dignéis aceptarlo como humilde obsequio.

—Vuestra galantería me confunde capitán Blondeau—replicó Nicholls coloreadas las mejillas.

Y empezó entre el teniente Rivers y Fenimore Graskell el sincero mercadeo por parte de Rivers y el supuesto apremio alimenticio por parte de Graskell.

Como era de suponer, telas y barriles eligió el teniente Rivers, a modo de moneda de pago, ya que las sedas de Lyon y el vino bordelés eran mercancías muy apreciadas en aquellas latitudes.

Sólo que el teniente Rivers ignoraba lo que contenían en realidad los supuestos barriles y las cajas marcadas: “Soieries de Lyon”.

Mientras, en la sala capitana, exponía Nicholls su parecer después de media hora de amena conversación en la que Leblond habíase superado en su papel de inofensivo mercante

—Quédese a comer conmigo, capitán Blondeau.

—Sería abusar, “comodor”.

—No digáis tal cosa. Las operaciones de traslado de las mercancías y provisiones tardarán lo bastante para que el mediodía nos encuentre reunidos aun.

—Francamente, me es grato prodigar el placer de vuestra compañía “comodor”. Aprendo enormemente de vuestra experiencia y tengo la certidumbre de que no seréis vos el que permitiréis que ninguna planta de pie pirata, pise vuestra cubierta. Se os adivina experto navegante y hombre de mundo.

—Bah... Los años de algo han de servir—fingió Nicholls, desdeñando sus propias cualidades supuestas con gesto modesto—. Vos sois joven, capitán Blondeau.

—Treinta y cinco años, “comodor”. Pero siempre navegando en rutina de líneas de cabotaje. Este es mi primer viaje, como os he dicho, por mares abiertos al peligro.

—Quisiera presentaros a Lord Ballantree y a su esposa. Viajan a mi bordo. Los conduzco a Shmira, estado en el que Lord Ballantree ha sido nombrado embajador inglés junto al Sheik. Milord es aficionado a tener intercambio de impresiones y vos podéis darle noticias de Francia.

—Muy gustoso.

—Ocupan las salas y camarotes principales como les corresponde. Dignaos, pues, acompañarme.

—Vuestro servidor, “comodor”.

La presentación y las banales primeras frases fueron un compendio de galantería francesa y cortesía británica.

Pero Lady Ballantree, examinando los rasgos faciales de Narcisse Leblond, estimaba que para un capitán mercante traficando en vinos y telas, el presentado como Narcy Blondeau tenía un aspecto, si bien elegantísimo y modales de caballero, ocultaba, quizá, en letargo y latente, un espíritu maligno.

Lo deducía de las breves miradas que de vez en cuando, Narcisse Leblond le asestaba, aprovechando cualquier momento en que los otros dos varones no podían percibirlo.

Pero Lady Ballantree, con ecuánime autocrítica, estimaba que quizá su imaginación deseosa de aventura, veía visiones...

Era forzosamente un capitán mercante el que estaba replicando con mesura a la pregunta de Lord Ballantree:

—Sí, milord. Es cierto que la predisposición francesa se inclina ya a mejorar sus relaciones con Inglaterra, dando ya al olvido los incidentes que tuvieron su culminación en lo sucedido a la doncella de Orleans. En mi última estancia en mi tierra natal, observé que había inicios de cordial entendimiento entre las Majestades que nos gobiernan respectivamente

—Intervengo, señores—sonrió Sybil—para poner de manifiesto que la política es materia árida. Decidme, capitán Blondeau, ¿qué novedades ha presentado la moda o los tocados femeninos en París?

—Querida—atajó secamente Lord Ballantree—. Debes comprender que el capitán no se habrá fijado en estas minucias.

—Los hombres de mar tenemos poco discernimiento en estas cuestiones, milady—dijo Nicholls que sabía al dedillo el número de lazos y rizos que deben usar las pelucas de recepción, según las cualidades de sus portadoras.

—Pero, si bien no os puedo ilustrar sobre tan importante cuestión, milady—sonrió Leblond—, en cambio puedo deciros que cualquier parisina envidiaría la exquisitez con la que vos realzáis vuestra natural belleza delicada.

Lord Ballantree se envaró un poco, aunque condescendiente con la galantería inevitable del francés.

Lady Ballantree no se sintió hondamente halagada, porque no lograba desvanecer la aprehensión de recelo que le causaba el menor ademán del rubio mercante.

Lo seguía achacando a exceso de imaginación, ya que los otros dos no parecían notar nada extraño en el supuesto mercante.

Y pensaba que un “comodor” británico, con la larga experiencia de Leslie Nicholls, que había hablado de sus miles y miles de viajes mandando naves por todo el orbe, hubiera ya percibido algo anómalo, si realmente lo hubiera en Narcy Blondeau.

—Agradezco la galantería, señor capitán, pero no me envanezco mucho ya que el madrigal es abundante en Francia.

—No hay sólo madrigales, milady. Hay también...

—Nosotros, los hombres de mar— intervino Nicholls, temeroso de que el galante francés enojara a Lord Ballantree—rendimos siempre pleitesía a las damas.

Narcisse Leblond oyó un silbido agudo. También lo oyeron los demás, pero ignoraban su significado.

Y siempre cortés, miró al obeso y fofo “comodor”.

—¿Qué habéis dicho, “comodor”?

—Decía que nosotros, los hombres de mar…

—¿Nosotros?— interrogó Leblond, como si buscara a alguien por la sala.

—Vos y yo—dijo, amostazado, Nicholls.

—Tú eres un cretino presuntuoso, Nicholls—dijo suavemente, Narcisse Leblond.

Tardó Nicholls en comprender, al igual que Lord Ballantree,. Una rojez apoplética invadió las mejillas del insultado en forma tan inesperada y grosera.

Sybil Ballantree rió nerviosamente ante la absurda escena.

—¿Qué habéis dicho, capitán Blondeau?

—He dicho, hermosa, que este sujeto es un cretino presuntuoso y tu marido un aburrido imbécil. Y mientras estáis boquiabiertos los dos, añadiré que al primero que se mueva con intenciones hostiles, le dejaré seco de un pistoletazo.

—¿Os habéis vuelto loco, capitán? —gritó Lord Ballantree, indignado, haciendo ademán de levantarse.

En la diestra de Leblond hacía unos instantes que una pistola de doble cañón se balanceaba lentamente

Gritó Leslie Nicholls asustado al oír el ruido seco que quebró la frente de Lord Ballantree, el cual desplomóse hacia atrás en el sillón que había empezado a abandonar.

El gesto agresivo de Leblond había sido rápido y también inesperado al asestar con el cañón doble de su pistola un golpe en pleno centro frontal de Lord Ballantree.

La sangre de la honda resquebrajadura empezó a manar manchando el rostro y las ropas del desvanecido.

—¡Llamad a vuestros hombres, Nicholls!—ordenó gritando Lady Ballantree, precipitándose arrodillada junto a su ensangrentado marido—. ¡Haced algo! ¿Vais a permitir que este loco…?



—¡Haced algo! ¿Vais a permitir que este loco?...

—No seas loco, Nicholls—advirtió Leblond, poniéndose en pie

y encañonando al aturdido "comodor"—. Lo serás si te sientes gallo de pelea, olvidando que pareces una clueca que no tiene huevos. Ahora te voy a dar una lección muy sabrosa, referente a

cómo puede un grupo de hombres dirigido por un cerebro superior, apoderarse de una nave dirigida por un cretino ignorante. Este griterío… ¡y esto!, sirven de prólogo…

La goleta bamboleóse bajo los efectos de una triple explosión ruidosa, mientras se elevaba un griterío excitado, y oíanse los característicos rumores anunciando que en cubierta se entablaba combate.

Capítulo IV

El reparto

Leslie Nicholls había imaginado numerosas batallas, en las que él, como Jefe, había tomado medidas adecuadas para llevar siempre honrosamente a sus supuestas tripulaciones a la victoria.

Pero ahora, la agresión a Lord Ballantree, la triple explosión y el ruido del combate, le mantenían paralizado, como si unas garras de hierro le incrustaran en el sillón.

—Un hombre de mar, cuando lo es, no se atiene a las apariencias, sapo gordo—fué diciendo Narcisse Leblond. —Los manuales te dirán que pueden los lugartenientes ocuparse de los detalles. Y tú estás hinchado de lecturas, porque he oído como reproducías letra por letra los códigos de uso de patrones de nave. Pero en mares peligrosos, los capitanes atienden a la carga y movimiento. Las cajas de tela contenían las armas; los barriles la pólvora, y los honestos marineros que lo transportaban son los que están ahora pasando a cuchillo a tus marineros. En cuanto a las tres explosiones que has oído, son las que indican que los servidores de las piezas han quedado reducidos a minúsculos fragmentos de huesos, con las culebrinas sacadas de las cajas. Dejar entrar a bordo marineros transportando fardos no lo haría yo. Lo has hecho y ahora aprendes la lección, Nicholls de mis pecados.

Levantóse de pronto Sybil Ballantree

—¡Has matado a mi marido!—gritó, temblándole el cuerpo.

—Quedas, pues, viuda, hermosa— sonrió Leblond.

—¡Haced algo, Nicholls! — chilló ella.

—Haz algo, Nicholls, hombre..., y verás el pistoletazo que te descerrajo.

—Estamos.., estamos en poder de este hombre—dijo, compungido, Leslie Nicholls.

—Es listo Nicholls, ¿te das cuenta muñeca?

—Serenaos, milady—suplicó tembloroso Nicholls.

—Serénate, milady.

—¿Quién sois..., quién eres tú?

—Narcisse Leblond, apodado “Mefisto”. Mi fama no habrá llegado hasta aquí, pero los pusilánimes me reputan de pirata excepcional, poco propenso a delicadezas.

Vaciló un instante Sybil Ballantree, y por fin cayó arrodillada, para desplomarse presa de desmayo.

—Es impresionable la milady—comentó Leblond—. Tú no la imitarás ¿verdad, almirante?

—Podemos... ¡podemos pagar rescate que pidáis, Leblond!—exclamó Nicholls, hallando fuerza en la idea de que era rico al igual que los Ballantree.

—Yo sólo quería tu barco, Nicholls. Lo que no entiendo es cómo la reputada maestría británica, en lo que su armada se refiere, otorgó a un cabestro como tú el mando de tan magnífica goleta. No eres ni siquiera digno de colgar del mástil. Esa es muerte para capitanes que lo sean. ¿Prefieres un puñalón o plomo en la testa?

Leslie Nicholls, al mirar la sarcástica faz del pirata rubio, se estremeció. Y al oír su risa burlona, perdió todo resto de serenidad.

Arrojóse al suelo de rodillas, alzando las manos suplicantes:

—¡Piedad, piedad!...

—Besa mis botas, Nicholls.

Y avanzó Leblond el pie derecho.

Abyectamente, el “comodor” honorario pasó su rostro por la piel lustrosa de las botas del pirata.

Fué su último gesto en vida, porque el cañón de la pistola de Leblond apuntó a su nuca...

En el umbral, Fenimore Graskell apareció:

—Todo ha salido tal como preparaste, capitán Leblond. Por la línea de menor resistencia. La goleta es tuya.

—¿Bajas?

—Ocho.

—Bien vale ocho franceses una goleta inglesa. ¿Los tenientes Rivers y Lortimer?

—Yo mismo di buena cuenta de ellos.

—¿Las culebrinas han estropeado alguna pieza?

—Sólo dos cañones han quedado inservibles por los disparos. He castigado ya a los artilleros.

—Bien, procedamos al reparto. Te cedo los hombres que ya enlistamos de antemano, y cuando lleguemos al Caribe, reclutaremos nueva gente. La goleta queda capitaneada por ti, que no admitirás a tu bordo honestos mercantes bordeleses. Me pertenecen los cofres y esta mujer que continúa simulando el desmayo desde hace unos instantes. Para tí los cofres de Rivers y Lortimer. Navegarás a mi estribor, media milla a mi popa.

—A la orden, capitán Leblond.

—¿Cuántos cañones hay a bordo?

—Catorce.

—Que trasladen cinco al “Mefisto”.

—¿Rumbo, capitán Leblond?

—A todo trapo a la isla donde debemos reunimos con el chacal. Hay que alejarse de estos parajes, por donde podría aproximarse algún esbirro del Sheik de Shmira.

El salto de Leblond fué tardío, porque al llegar al sitio donde se hallaba Lady Ballantree, ésta se hallaba ya en pie sosteniendo la espada que acababa de arrancar del cinto del cadáver de Leslie Nicholls.

—¡Atrás, pirata!—chilló ella, dirigiendo la punta del acero hacia el pecho de Leblond.

Este, que a raíz de matar a Nicholas había enfundado la pistola, miró sonriente a Fenimore Graskell.

—Son más bravas que mis hombres esas inglesas. ¿Tú qué opinas, Graskell? Eres, como inglés, calificado para ello.

—Si das un solo paso más, te atravieso de parte a parte, ¡traidor pirata!

—Ingratitud femenina. La libero de un marido veinte años más viejo que ella cuando menos, y ese es su comportamiento. Amenazarme de muerte.

—¿Puedo regresar a cubierta, capitán Leblond?

—Sí, vete. Es lo menos que puedo esperar de tu discreta estupidez británica, Graskell.

Al quedarse solos Leblond y Sybil Ballantree, ésta manteniendo empuñada histéricamente la espada, el pirata francés señaló con la barbilla los dos cadáveres.

—Yo no muero tan fácilmente, hermosa Sybil. Ni me rebajo a medir mi espada con una mujer. Eres mi invitada de honor. Deja, pues, esta arma, que no hace juego con tus faldas, y sígueme...

—¡Antes prefiero morir!

—No seáis ridícula, milady—dijo Leblond, simulando una leve reverencia—. Vuestra patria inventó el *flirt* cortesano. Añadid una nueva clase de *flirt*. El de la lady que necesita emociones fuertes, como lo pregona vuestro semblante angelical, y el pirata que os puede proporcionar un caudal de emociones...

—No des un solo paso, o juro que me doy muerte.

Desenvainó Leblond.

—¿No será mejor y más humano que trates de darme muerte a mí? Soy el culpable de tu actual inquietud, milady.

Rápidamente dirigió ella la punta del acero hacia su pecho, pero la hoja de la espada de Leblond chocó lateralmente contra la empuñadura, desviándola, y se encontró enlazada por la cintura por el brazo izquierdo del francés.

Al sentir ella por vez primera la proximidad física del pirata, cuyos ojos centelleaban devorándola en mirada de anticipada fruición gozosa, Sybil Ballantree desmayóse de nuevo.

—Mi botín—anunció Leblond al subir a cubierta, llevando en brazos a la desmayada inglesa.

Fenimore Graskell permaneció en silencio.

Narcisse Leblond examinó como la mitad de la tripulación del "Mefisto" iba transbordándose al barco recién capturado del que desmantelaban algunos cañones para aumentar los que artillaba el velero de Leblond.

—Nombrarás segundo tuyo a Lemark, el bretón. Es el único hombre que, no sé por qué razón, es más fiel que un perro. Me miras casi con censura, Graskell. ¿Por esto?

Y Leblond elevó entre sus brazos a la inglesa desvanecida.

—Yo no censuro, capitán Leblond.

—Tu mirada es de reproche.

—La tuya es de concupiscencia, capitán. Tú sabes que yo te respeto como a ningún hombre respeté, porque reconozco tu superioridad, como jefe y marino... Pero soy misógino.

Silbó Leblond como quien silba a un perro remolón en acudir, y un achaparrado sujeto acudió prestamente.

Colocó Leblond entre los brazos del recién llegado a la mujer que continuaba desvanecida.

—A la sala capitana. Vigílala. De su vida me respondes tú, Lemark. Cuando vaya a mi bordo, tú volverás a éste, para ponerte a las órdenes del capitán Graskell, como segundo suyo, para que ninguno de los dos olvidéis que sois mis segundos.

Entró Lemark en una lancha izada, llevándose consigo a la prisionera que pendía inerte.

—¿Qué entiendes tú por misógino, Graskell?

—Mi abuelo consideraba a la mujer como un instrumento necesario a instantes, pero tan sólo como un instrumento, que cuando nos ha dado alguna utilidad debemos echar por la borda.

—Eso hago yo.

—Tienes obsesión por las faldas, capitán Leblond.

—¿Se te sube ya a la cabeza el mando de esta goleta?

—Te hablo amistosamente, capitán Leblond.

—Tu amistad no la quiero. Pareces pretender que la mujer me domina, y a mí nadie me domina.

—Grandes jefes he visto que han sido perdidos por la injerencia de una mujer.

—Tres años llevas navegando conmigo. ¿Me ha dominado alguna mujer en este tiempo?

—Quien con fuego juega se quema. Mi abuelo...

—Veamos que decía tu maldito abuelo.

—Aseguraba que si nos diéramos cuenta de lo estúpidas que son las mujeres, las despreciaríamos en vez de entronizarlas. Afirmaba que darles más valor que a un plato de sopa, era quedar estafado. Yo vivo despreocupado de mujeres y me evito muchos sinsabores.

—La mujer es una magnífica estúpida en todo caso, Graskell. Te permito que me recuerdes esos consejos de tu abuelo, si me ves alguna vez en trance de ser dominado por alguna, Pero, mientras, métete los consejos bien adentro de la garganta, no sea que te los hinque yo a puñaladas. No se te olvide por un instante que, cuanto yo hago, bien hecho está, y no admite discusión. ¿Queda claro?

—A la orden, capitán Leblond—dijo secamente Graskell, poniéndose rígido en postura de firmes.

Por un instante le miró Leblond aviesamente. Después, sonrió con maligno sarcasmo:

—Da prisa a tus hombres para que salgamos inmediatamente. He encontrada ya nombre apropiado para tu goleta. Es femenina, ¿no? Su estructura es airosa. Que tu carpintero cepille prestamente una pancarta que a los dos lados de proa pregone el nombre de mi goleta bajo tu mando.

—¿Qué nombre, capitán Leblond?

—"Satanela", mi querido misógino.

Un cuarto de hora después, las dos naves, una tras otra, poníanse lentamente en marcha rumbo hacia la isla señalada como cita entre los tres aliados.

Capítulo V

Los tres aliados

Hacía dos días que el “Mefisto” y la “Satanela” hallábanse anclados en una rada de la isla, al sur de la Costa de Omán.

Lady Sybil Ballantree paseaba por la cubierta del “Mefisto”, vigilada a dos pasos por un pirata, que no le quitaba ojo, ya que de la integridad física de la inglesa dependía su propia vida, según la consigna de relevo de vigilantes dada por Leblond.

Sybil Ballantree odiaba al hombre que había dado muerte alevosa a su marido… Pero, transcurridos dos días, en su odio se mezclaba un principio de desconcierto.

Narcisse Leblond apareció, pasando por su lado y saludándola ceremoniosamente, como hacía desde el instante en que la desarmó a bordo de la goleta y recuperó ella los sentidos en la sala capitana del velero en que se hallaba.

Y el desconcierto y la curiosidad pudieron más que el odio. Sybil Ballantree bisbiseó:

—Quiero hablaros, Leblond.

—Soy vuestro esclavo, milady—dijo él amablemente, con sonrisa irónica.

—Deseo saber con qué fin me retenéis a bordo.

—Dejad volar vuestra imaginación y elegid lo que menos desagradable os resulte… con la seguridad de que no acertaréis, milady. Os lo aseguro.

—Pedid rescate y..,

—No trafico en carne de ternera, milady. ¿Me habéis tomado por un carnicero de vuestra nación? Yo soy un cortés y bien educado francés.

Roja de irritación ante el incomprensible pirata, silabeó ella entre dientes:

—Sois un repugnante sujeto.

—¿Por haberos llamado ternera? No hago más que repetir una frase de un inglés, poco romántico, que decía como enseñanza a mi segundo, el inglés Fenimore Graskell: "No es motivo, si te gusta la carne de ternera, que pasees con ellas al claro de luna." Y llevo unos días desganado, porque estoy esperando el resultado de una gran empresa que me ha de aportar un nuevo barco. Yo sé que os extraña mi comportamiento. No he rozado siquiera el borde de vuestra falda... Casi diría que os defrauda mi actitud...

—¡Inmundo pirata!

—No cloqueéis. Reconoced en mí una superior categoría. Nunca bebí ansiosamente. Es más, teniendo sed, me detenía ante el manantial y dejaba beber a todos mis hombres, prolongando el instante placentero de saciarme.

Tembló ella, adivinando el sentido oculto de las frases del rubio francés de aspecto diabólico.

—Y un joven árabe me ha dado una lección. En mi cala hay una jaula que encierra a un hombre. Este hombre sufre mil angustias esperando continuamente una tortura que no llega. ¡Chablis!

El pirata vigilante se cuadró.

—Acompaña a milady a la sala. Id con él, milady, o se verá obligado a llevaros en brazos, y sería poco grato.

Marchóse ella, y entonces asestó Leblond su catalejo a la nave que iba aproximándose, distando aún unas cuatro millas.

Leyó en proa la palabra: "Islam". Vió en cubierta multitud de tripulantes revestidos de blanco.

—¡Árabes!—grité el vigía alarmado.

—¡A sus puestos!—ordenó Leblond.—¡Preparados los de rueda!

Corrieron los piratas a sus puestos de combate, encendiendo las mechas los artilleros, mientras cinco hombres acudían a la gran rueda que, horizontalmente, actuaba como noria elevadora de la pesada cadena y ancla.

Una sonrisa de satisfacción dibujóse en los labios delgados de Narcisse Leblond cuando distinguió la figura del capitán de la nave que se aproximaba.

En el puente de mando de proa, Cheij Khan, en mayestática postura, resaltaba en sus blancos ropajes moriscos, en contraste con la voluminosa figura semidesnuda de un tártaro gigante que se

mantenía dos pasos tras él.

El “Islam” vino a detenerse a media milla, abarloándose a igual distancia del “Mefisto” y la “Satanela”.

Destacóse una lancha del costado del “Islam”. En ella, en pie, iba Tartar, en cuya mano diestra blanqueaba un rollo de pergamino.

Narcisse Leblond, poco después, era saludado a usanza mahometana por el gigantesco tártaro, que, sin decir una sola palabra, le tendió el rollo.

Rompió Leblond extrañado, el lazo que encerraba el mensaje.

> “Narcisse Leblond: Como prometí, acudo con barco y tripulación compuesta de ciento seis piratas joasmes. Me acatarán sin rebeldía, si tú y Graskell, como capitanes de nave, venís al “Islam” y dais muestras de pleitesía ante mí.
>
> ”Es fingimiento obligatorio. Ellos creen en que soy un ser superior, y quieren saber si mi poder se extiende a los blancos.
>
> ”Les prometí que en esta isla hallaríamos dos barcos cuyos capitanes se pondrían a mis órdenes, para que, aliados los tres, fuéramos a otros mares.
>
> ”Tu propósito es aplastar la Legión del Mar y dar muerte al conde Ferblanc. Es meta ambiciosa, porque supondrá que el Caribe te acatará como pirata supremo. Dijistes una vez que el fin excusa los medios. Sacrifica tu orgullo ante una turba de crédulos e ignorantes joasmes, y el “Islam” navegará a tus órdenes, aunque para los joasmes sea yo aparentemente el jefe de la flota.
>
> "Ruego que si acudes, ordenes, como obsequio especial, que mi prisionero que guardas en custodia, Lyon d’Arcy, sea traido a bordo del “Islam”.
>
> "Espera tu sabia decisión,
>
> *Cheij Khan*”

Releyó por dos voces, Leblond, el mensaje y, adoptando un semblante de grave reflexión, terminó por asentir con la cabeza solemnemente, señalándose el pecho y hacia el “Islam”.

Tartar volvió a saludar, partiendo.

Poco después, Fenimore Graskell, atendiendo a la señal de llamada, acudía a bordo del “Mefisto”.

—A la orden, capitán Leblond.

—Cumplió el chacal. Un velero, casi tan excelente como el mío, y ciento seis tripulantes. Veo las bocas de ocho cañones. Un buen velero. Vale un sacrificio. Te explicaré cuál es la farsa...

Fenimore Graskell miró con indiferencia al demacrado sujeto que, desmadejado y echo un ovillo, se acurrucaba en un rincón de una jaula que era transportada a una lancha, mientras explicaba Leblond el contenido del mensaje de Cheij Khan...

* * *

Los joasmes, reunidos, sostenían muchos conciliábulos. Pero Harbin-el-Neid, el consejero, era cauto.

Daba por descontado que, si en la isla existían dos veleros que tripulados por blancos admitían el ser mandados por el “Islam” y su joven capitán, ello sería demostración de que el Chacal Cheij Khan poseía poderes mágicos.

Y por eso no quería comentar hasta no ver... Mientras, los joasmes, se aplicaban a las maniobras de tensar velas y trepar por las jarcias, siguiendo las instrucciones que en árabe les gritaba Tartar, colocado junto a Cheij Khan.

Cuando se divisó, después de un rodeo, la rada donde anclaba el “Mefisto” y la “Satanela”, Cheij Khan hizo que Tartar diera la voz de reunión a cubierta.

Y la “voz de la sangre” habló por boca de Cheij Khan, quien, apoyados los puños en las caderas, discurseó en árabe:

—Vosotros habéis dudado de mí. Seis hombres hay que con el valiente luchador Bourka curan en la cala sus magulladuras por haberse creído capaces de adoptar frente a mí una actitud poco respetuosa. Tartar, mi lugarteniente, os ha convencido ya de que en mis ojos hay ausencia de interés, porque mi alma está vacía y tanto me da morir como matar. Soy el jefe que necesitáis, y seré duro pero os conduciré de triunfo en triunfo. Veis allí dos naves tripuladas por seres de cabello rubio e infieles. Sin lucha ni fuego rendirán sus velas a las del “Islam” y sus capitanes me obedecerán, demostrándolo, viniendo a bordo, obedeciendo la orden que les envié por mediación de Tartar. Hablaré con ellos, y los tres aliados,

partiremos hacia otros mares donde el pabellón del “Islam” sembrará el terror entre los infieles. Pero por Alá os juro, que en lo sucesivo será castigado con la muerte el que se atreva a dudar de mis palabras.

El propio, Harbin-el-Neid asintió mudamente a la perorata que estimaba acertada. ¿Quién podría en lo sucesivo dudar de la palabra de Chacal Cheij Khan si éste podía mandar en naves de los infieles seres de cabellos rubios?

—Y no echéis en olvido que ciento seis valientes joasmes valen por quinientos blancos, siempre y cuando obedezcan ciegamente a un solo mando: el mío, por la voz de la disciplina que os transmitirá mi lugarteniente Tartar.

Como última exhibición de su poder, acudió Cheij Khan a una “prueba” terminante:

—No bastará con que acudan los dos capitanes a rendirme pleitesía de acatamiento. Eran dos naves con un mando de jefe. Este jefe lo sustituyo ahora, y Tartar llevará mensaje exigiendo que me entreguen prisionero al que antes de aparecer el “Islam” era el que mandaba en las dos naves.

Cuando los joasmes vieron que en una de las tres lanchas que se acercaban al “Islam” iba un hombre blanco enjaulado, y con visibles muestras de temor, prorrumpieron en una letanía de elogios que cantaban el poder invencible de Chacal Cheij Khan, el Rey de los Mares.

Narcisse Leblond y Feminore Graskell subieron a cubierta, y su saludo ante Cheij Khan tuvo profundidad de halago cortesano...

Y llegó al paroxismo el pasmo de los joasmes cuando oyeron a Cheij Khan expresarse en el desconocido idioma de los recién llegados.

Al desaparecer Cheij Khan acompañado de Leblond y Graskell en el interior de la hermosa sala capitana, Harbin-el-Neid elevó su voz sentenciosa:

—No cabe duda. El capitán Chacal nos ha sido enviado por el misericordioso Alá para que el nombre de los joasmes sea pronunciado por doquier con respeto y temor. ¡Chacal Cheij Khan es nuestro jefe!

Repitieron todos los joasmes la exclamación elevando sus sables. Y Lyon d’Arcy al oír los gritos, salió de en marasmo, apoyando

contra los barrotes de la jaula un rostro macilento y asustado...

Cada minuto que pasaba era para él una agonía, que le tenía en continué trance de mortal angustia.

Y casi prefirió los incomprensibles insultos y algún que otro escupitajo que le lanzaron los joasmes, a la mirada soñadora y casi acariciante con que por una sola vez le había mirado Cheij Khan, al ser colocada en cubierta la jaula que le contenía.

* * *

—Supongo que no tendrás el menor motivo de queja en la amplitud del servilismo con que te hemos saludado—dijo acerbamente Narcisse Leblond, sentándose con Graskell ante Cheij Khan alrededor de la gran mesa central de la sala capitana.

—Tu amor propio no puede quedar herido, si yo reconozco que tu capacidad y experiencia deben conducir al "Islam" hacia un mar que me es desconocido. Al igual que tú para los crédulos supersticiosos piratas que mandas, eres encarnación del diablo, yo soy para los joasmes, encarnación de un poder superior. Los tres pertenecemos a clase de hombres ajenos a pequeñeces propias de quisquillosos vanidosos. Tu finalidad es aplastar a la Legión del Mar y colgar de tu mástil al conde Ferblanc, para erigirte en amo y señor del Caribe. Yo aporto un velero y ciento seis hombres y pareciendo para los joasmes que yo soy quien manda, tú serás quien conducirá. Por esta menudencia, consigues la ayuda de ciento seis piratas y un velero. Yo no acato mando de nadie, pero te ayudo en tu empresa.

—¿Qué entiendes tú de maniobra y combate naval?

—Mi segundo fué almirante de los persas.

—Ah... ¿Tienes artilleros?

—No.

—Graskell te prestará cuatro y yo otros tantos...—y de pronto rió Leblond.—Tienes razón, chacal. Seres como tú y yo no podemos detenernos en pequeñas minucias de vanidosos. Cada uno de nosotros sabe bien lo mucho que vale. Pero tengo un temor...

—Exprésalo.

—Cuando en el Caribe vuelvan a reinar libremente los piratas, gracias a que yo cuelgue de mi mástil al renegado Pirata Negro, puedes tú sentir deseos de considerarte superior a mí, y con tu velero, atacarme, con las enseñanzas que mis propios artilleros te den.

—No necesito de tus artilleros. Mi segundo Tartar puede enseñar y ha enseñado ya a varios más aptos para entender el manejo de las piezas.

—Eso no contesta a mi pregunta chacal.

—¿Para qué predecir el futuro, Leblond? No nos pertenece. Todo está escrito de antemano, y nuestra suerte no la podemos adivinar. Tú mismo aseguraste que el Caribe es mar de traición…

Narcisse Leblond volvió a reír sin fingimiento:

—Es curioso, Graskell. ¿No tienes una frase de tu abuelo para calificar lo que experimento ante Cheij Khan? Es algo semejante al grullo que cría cuervos…

—No seas pues grullo—dijo suavemente Cheij Khan.

—Yo te di la vida, chacal.

—Quedamos en paz al yo entregarte el precio de mi libertad.

—Debo tener el cerebro enfermo, chacal. Pero creo que si te he tomado afecto es porque te considero capaz de todas las mentiras, de todas las traiciones y de todas las maldades.

—Mucho puedes tú enseñarme en esta senda, “Mefisto”.

Fenimore Graskell flemáticamente pasábase la mano por las mejillas tersas, mirando de vez en cuando por las ventanas encristaladas de la sala, que abrían vista al horizonte.

—Los pensamientos tienen una barrera, chacal.

—La barrera de la realidad

—Tú lo has dicho. No debes endiosarte. Al menor síntoma de traición, la “Satanela” y el “Mefisto” abrirán fuego hundiendo tu “Islam”. Quedas prevenido.

—No veas aleteos de murciélago por ahora, “Mefisto”. Tengo como tú el mayor interés en ver derrotado, humillado y en trance de muerte al conde Ferblanc. O sea que hasta no vencer a la Legión del Mar, la realidad me impone el considerarte jefe de nuestras tres naves.

—¿Te diste cuenta, Graskell? Dijo “nuestras tres naves”… A buen seguro que por poco que pueda nos encerrará en jaulas…

Los claros ojos del inglés miraron alternativamente a sus dos aliados.

—Mi abuelo decía que la vigilante desconfianza evita muchos males, y que sólo sufren los que confían.

—Tu abuelo tenía cierta inteligencia—admitió Leblond—. Pero

no conoció a Cheij Khan...

—Es superfluo prevenir con demasiada premura la posible traición de este árabe—dijo Graskell. —Te obedecerá.

—No te es simpático el chacal, ¿verdad, “Ojos de Plata”?

—Me reservo la opinión, capitán Leblond. Pero mi fidelidad es indudable. Por lo tanto, nada puede nuestro aliado...

Fué interrumpido Graskell por la entrada de Tartar, que inclinándose ante Cheij Khan murmuró algunas palabras señalando por las ventanas hacia un punto del horizonte.

—Traduzco—dijo suavemente Cheij Khan. —Mi lugarteniente anuncia que han sido avistadas dos fragatas que se dirigen hacia aquí y que llevan el pabellón del Sheik de Shmira. Dice también que aunque levemos anclas nos cerrarán el paso. Creo que ha surgido el primer obstáculo, capitán Leblond.

Capítulo VI

Thomas Horton, el Sheik de Shmira

La historia ha inmortalizado a aventureros a los cuales la suerte, la decisión y el valor han encumbrado hasta alturas insospechadas, concediéndoles rango de genios.

En el caso de Thomas Horton, la propia historia inglesa, reconoce que el que empezó siendo un falsario, para progresar en el camino del delito, envenenando y estrangulando con el fin de enriquecerse, era un inglés merecedor del patíbulo.

Pero Thomas Horton era hombre de ideas prácticas y provisto de un sentido de la huida y de la oportunidad. Un sexto sentido especial que le advertía cuándo debía huir, o cuándo debía mantenerse en sitio.

Y por tortuosos caminos sangrientos logró llegar a ser temido por los propios ingleses que se disputaban el dominio del Mar Arábigo. Thomas Horton, era el único blanco que consiguió adueñarse de la voluntad de los salvajes árabes establecidos en la costa occidental de Shmira.

El Sheik de Shmira sufrió una transformación al ocupar el trono de Sheik. Convirtióse en puritano, olvidando por completo que en tiempos pasados fué un maleante de la peor ralea, ya que mostraba atisbos de disimulo sabiendo fingir muy bien la personalidad sucesivamente por orden cronológico de un aprendiz de sastre, de un oficial mercenario pero cumplidor y eficiente, y de un mercader persa, hasta ser capitán de nave en Shmira.

Y acentuóse su puritanismo, cuando recibió la noticia de que los ingleses de Bombay, habían olvidado que él era Thomas Horton, para reconocerle sencillamente como Sheik de Shmira.

El hecho de que el gobernador de las Indias, representando a Su Graciosa Majestad, enviara la goleta “Empire of Bombay”

transportando a Lord Segismund Ballantree y esposa, como embajadores británicos al Sheik de Shmira, hizo que éste se aprestara a salir de su aislamiento para salir al encuentro de los embajadores que daban carácter de reconocimiento oficial al jalifato de Shmira.

Thomas Horton reinaba como dueño y señor del estrecho de Ormuz, gracias a la nube de espías que le notificaban cualquier evento con carácter de novedad que sucediera entre las márgenes de las costas que orillaban el Mar Arábigo.

Vistiendo suntuosamente, con turbante rutilante de pedrería y túnica engarzada en joyas valiosas, Thomas Horton podía pasar por un auténtico y nativo persa.

Pero su mente era inglesa y eminentemente práctica. Y fué la que meditó mientras asimilaba sucesivamente dos noticias.

En Ras-el-Hado, capital de la piratería joasme, el velero "Albatros" apresado por piratas joasmes, se había hecho a la mar hacia el Sur, bajo el mando de un joven árabe desconocido, que respondía al nombre de Cheij Khan.

La segunda noticia la proporcionó avisando con fogatas desde tierra un pescador al servicio del Sheik de Shmira.

La goleta "Empire of Bombay" había sido asaltada en forma extraña por un velero europeo, y toda la tripulación pasada a cuchillo, retirándose el velero atacante y la goleta apresada hacia el Sur.

Y millas al Sur, otro pescador informó que la goleta y el velero, habían anclado en una rada de la isla al Sur de la costa de Omán, la gran isla desierta.

El vigía de la fragata distinguió muy lejana la estela de un velero, dirigiéndose a la gran isla desierta. Para Thomas Horton sólo existía una preocupación. No temía a los ingleses, pues sabía que ellos preferían negociar y pacificar que dominar por las armas.

Pero Thomas Horton, eminentemente práctico, temía en cambio la rivalidad de otro aventurero decidido, que valiéndose de audacia y decisión inteligente, pretendiera conseguir en el Mar Arábigo lo que él ya había logrado.

Cuando las dos fragatas dieron vista a la rada donde anclaban tres naves dispuestas en triangular abaorlamiento, Thomas Horton ordenó izar la banderola parlamentaria.

Tomó esta decisión cuando comprobó que las tres naves juntas, podían ser vencidas con largo y duro combate si la suerte favorecía a las fragatas.

Pero sopesó también la posibilidad de que las dos fragatas fueran desmanteladas y vencidas,

* * *

—A tu bordo, Graskell! ¡Pronto! Envía a Lamark al “Mefisto” y que tome el mando. Desde aquí os comunicaré lo que debe hacerse. Pero que todo esté preparado para entrar en combate.

Y al salir Graskell, demostró Leblond que poseía serenidad aun en los momentos más culminantes, porque con árida entonación, preguntó al que con él dirigíase a cubierta:

—¿Me toleras que desde tu cubierta te comunique lo que debe hacerse?

—Capitán eres de las tres naves.

—Te quedo agradecidísimo. No es por imponerme a ti, pero el “Islam” por su llegada posterior, ocupa ahora frente a las dos fragatas del condenado Horton, la posición almirante.

En el puente de mando transmitió Tartar las órdenes que Leblond comunicaba a Cheij Khan.

Los joasmes obedecieron sin mostrar extrañeza y entraron en las calas, quedando desiertas las bordas

—Ha izado pabellón de parlamento—contestó Leblond—. Thomas Horton nos hace el honor de querer hablar con nosotros. Es un buen marino y sabe que estamos a fuerzas aproximadamente igualadas. Ignora que tú eres un inexperto pirata novel. No se lo diremos, ¿verdad, Chacal? Dada mi experiencia, supongo lo que estará atosigando a Thomas Horton. Querrá saber si tiene que combatir sin remedio, exponiendo sus dos hermosas fragatas. Es prudente. Seámoslo. ¿Me consientes que lleve yo la voz cantante?

—Tus ironías resbalan sobre mi indiferencia, “Mefisto”. Sólo admito que dado lo que me contaste de Thomas Horton, sugiero que el mejor parlamentario para un criminal inteligente, eres tú.

—No aludes a mis dotes diplomáticas, sino a mi similitud de inteligencia. Veremos. Si Horton quiere combate, nos conformaremos, pero por más jactancias que me oigas, ten por seguro que íntimamente no me complace la idea de hundirme, hundiendo.

* * *

Thomas Horton se trasladaba de a bordo a tierra en una embarcación destinada a impresionar a los espectadores y que proclamara toda su riqueza y poderío.

La embarcación empavesaba y cubierta de galas, tenía un baldaquín, bajo cuyo dosel de telas recamadas, sentábase Thomas Horton, el Sheik de Shmira.

Para la presente ocasión en que debía parlamentar, estimó muy eficaces los dos pequeños cañones a proa y popa.

Sobre el azulado y tranquilo mar, la embarcación, llevando al Sheik de Shmira, se detuvo a un centenar de metros de la fragata primera.

Dos lanchas aproximábanse, llevando una de ellas, una decena de piratas armados de mosquetes, enviados por Graskell.

En la otra, Narcisse Leblond y Cheij Khan, contemplaban el fasto y magnificencia de la embarcación ocupada por Thomas Horton.

—Ahora comprendo eso que llaman lujo oriental —comento



...telas recamadas, sentábase Thomas Horton...

Leblond—. Hasta los dos cañones son de plata. Pero las balas mejores son las de plomo.

—Nos espera como un jefe a sus súbditos.

—Usanza dé mar es que las naves de anclaje permanente tengan primacía en los casos de parlamento. Por eso, tú y yo, debemos subir a borda de la embarcación ocupada por Horton. Y él debe hablar y preguntar. Después, el más listo de manos gana, si las palabras no convencen

Fué cortés el saludo de Leblond ante el trono ocupado por Thomas Horton, mientras los piratas observaban atentamente los movimientos de los persas de Shmira.

—Tú eres árabe y no te conozco— dijo Horton, en árabe, señalando con el dedo a Cheij Khan.

—Tú no eres árabe y no te conozco—replicó el hijo del Pirata Negro, con voz tranquilamente reposada.

—Soy el Sheik de Shmira.

—Soy Cheij Khan, el “Chacal”, capitán del “Islam”.

—¿Quién es este extranjero infiel que te acompaña?

—Es Narcisse Leblond, apodado “Mefisto” y pirata notorio, dueño del lejano Caribe.

—¿Qué hace él en el mar Arábigo?

—Pregúntaselo. Habla inglés.

—Repugno este idioma.

—Es el tuyo.

—Joven eres, Cheij Khan, para saber que la lengua debe moverse siete veces, en la boca antes de emplearla

—Tú preguntas y yo contesto.

—El mar Arábigo reconoce mi soberanía que nadie discute. Tú me hablas insolentemente.

—Es mi modo de ser. No acato dominio de nadie.

—Tu aspecto es agradable, pero tus ojos no tienen alma. ¿Por qué capitaneas en banda de piratas joasmes?

—Son ciento seis y es mi segundo Tartar, el que fué almirante persa. El “Islam” es mi nave.

—¿Cuál es tu intención? '

—Partir hacia el Caribe, donde tengo cuenta pendiente.

Thomas Horton jugueteó con el collar de perlas que rodeaba en varias vueltas su cuello, cayendo sobre el pecho

—soy el Sheik de Shmira—dijo, en inglés, mirando a Leblond.

—Narcisse Leblond, francés, para serviros, mientras no deseéis otra cosa, Sheik.

—¿Quién ocupa la tercera nave?

—Fenimore Graskell, mi segundo.

—¿Por qué no vino?

—No es de categoría suficiente para tener el privilegio de saludaros.

—¿Por qué estáis los tres reunidos en la isla desierta?

—Era nuestro punto de cita.

—¿Cuál es vuestro propósito?

—Zarpar rumbo al Caribe, si no hay obstáculos en el camino.

—¿Por qué vinisteis al mar Arábigo?

—Necesitábamos dos naves y las tenemos. Nada nos queda por hacer en estas latitudes y no pretendemos disputar el dominio a quien es por méritos propios dueño y señor del estrecho de Ormuz... pero que aquí, a mar abierta, no puede imponerse.

—¿Podéis vos imponeros?

—No lo pretendo, si a ello no queréis obligarme.

—La goleta llera el nombre de “Satanela”.

—Sed indulgente, Sheik de Shmira, con la debilidad que los piratas bellacos sienten por bautizar sus naves con nombres truculentos. Son analfabetos.

—¿Vos no sois pirata?

—Jefe de todos ellos. Veo aquí persas de cara estúpida, pero no cometo el error de juzgar al amo por sus siervos.

—Sois inteligente, Leblond

—Favor que me hacéis, Horton.

El Sheik frunció el entrecejo.

—¿Esta goleta no se llamaba antes “Empire of Bombay”?

—Eso era antes. Ahora se llama "Satanela” y está a mis órdenes, capitaneada por “Ojos de Plata”, un marinero inglés que fué gloria corsaria de Inglaterra como yo lo fui de Francia, antes de preferir enarbolar libre pabellón pirata.

—¿Habéis calibrado la fuerza de mis dos fragatas?

—Las he tasado en su justo valor. Considero que no hay motivos suficientes, para que después de largas horas de combate, queden flotando maderos destrozados, de cinco naves gallardas

—A bordo de la goleta venían los embajadores británicos, que daban a mi estado calidad de reconocido.

—Perecieron en el combate. Lamento comunicároslo. Pero el gobierno inglés os aprecia y enviará nuevos embajadores.

—Ha sido avistada en vuestra nave, la dama inglesa que transbordasteis de la goleta.

—En verdad que tenéis muchos ojos en el Arábigo, Sheik.

—La dama inglesa en forzosamente Lady Sybil Ballantree, esposa del embajador,

—Viuda del embajador.

—Es por tanto ella la embajadora, hasta que llegue el nuevo nombrado.

—Es hermosa.

—Es la representación del gobierno inglés. Enviadla a mi bordo, capitán Leblond.

—Atengámonos a lo estrictamente preciso, Horton. Vos nos cerráis el paso, pero podremos abrirnos camino y en el peor de los

casos, hundirnos todos. No podéis dictar órdenes… ni yo tampoco.

—Para vos nada representa Lady Ballantree

—Entretenimiento de mis ocios. Quiero ver a una orgullosa inglesa abatirse arrodillada a mis pies, suplicándome.

—¿En cuánto la valoráis?

—En mucho y en nada.

Desprendió Thomas Horton de su cuello el valioso collar, cuyas perlas redondas y límpidas tenían albura lechosa.

—Precio del rescate y precio de vuestra voluntaria partida del mar Arábigo.

—Sois generoso, Sheik. Vuestro collar me conmueve. Bien vale una embajadora.

Y Narcisse Leblond cogió el collar que anudó alrededor de la empuñadura de su espada.

—Este joven árabe que os acompaña, ¿es segundo vuestro?

—Por el instante es aliado mío.

—Decidle que es el primer hombre que me ha hablado con insolencia osada.

—Consolaos. También es el primero que ha hecho lo mismo conmigo. Y si vos sois Sheik en Shmira, yo era hasta ahora rey en mi barco.

—Atended un consejo, capitán Leblond. No os fiéis de este árabe. Son taimados y traicioneros.

—No fío de él… pero no creáis que ahora se pasaría a vuestro favor.

En árabe habló Thomas Horton, mirando a Cheij Khan.

—Te doy la mejor ocasión de tu vida, joven Cheij.

—¿Cuál?

—Abre fuego contra el francés y por ayudarme, te nombraré segundo en una de mis naves.

—Primero soy en mi propia nave.

—Tu aliado no se fía de ti.

—Yo tampoco de él, pero contra ti lucho, si pretendes cerrarnos el paso. Mas prefiero malo conocido, que bueno por conocer.

En inglés, Thomas Horton le expuso a Leblond:

—Este joven árabe se halla dispuesto a luchar conmigo, capitán Leblond. ¿Qué decís ahora?

—Que no os queda más remedio que actuar por una sola vez y

sin que sirva, de precedente, con lealtad, al igual que yo. El Chacal Cheij Khan entiende y habla el inglés mejor que yo.

Thomas Horton volvió a fruncir el entrecejo, mirando el impasible semblante de Cheij Khan.

—No os lo dije antes, Thomas Horton, ya que vos me hablabais en árabe. Pero no es preciso mover siete veces la lengua en la boca, cuando conocen varios idiomas. Sería fatigoso.

Narcisse Leblond sonrió divertido al oír las palabras reposadas de su aliado.

—Partid del Arábigo y no volvais a él. Os hundiría. Dad gracias a que no quiero entablar combate. Enviad a buscar a Lady Ballantree. Esperaré que ella esté a mi bordo, para abriros paso.

—Vuestras fragatas deberán retirarse a un punto más lejano de tiro de cañón, Thomas Horton—especificó Leblond—. Cuando a bordo tengáis a la embajadora, volved popa, mientras nosotros levamos anclas. Pasará primero mi nave, el “Mefisto”, después la “Satanela” y por último el “Islam”. Espero que no os volveré nunca más a ver, Sheik de Shmira.

—Vigilado quedará el paso por si pensáis regresar. Y si así sucediera no sería tan magnánimo.

—Gracias mil por vuestra magnanimidad, Thomas Horton. Pero hacednos la merced de no considerarnos estúpidos persas o sagaces ingleses politicastros Quedo a vuestro servido en el infierno.

—Piratas—murmuró entre diente Thomas Horton, cuando las dos lanchas se alejaban.

Y condensaba un sumun de desprecio en su comentario. Pero era práctico y no quería un combate incierto.

Pero si en vez de abandonar el Arábigo, pretendían los tres aliado internarse en él, entonces sabría quién era el Sheik de Shmira y pagarían doblemente su insolencia.

* * *

—Si te atacaran, te quedará el consuelo de saber que vengaremos el naufragio en tu primer combate, chacal—dijo, sonriendo, Leblond.

—La nave que va en retaguardia es la nave capitana. Y así lo interpretarán los joasmes, consolidando en ello mi posición de jefe indiscutible.

—Interpreto como buen augurio el teuileón que le hemos dado a

Thomas Horton. Es el dictador del mar Arábigo y ha tenido que inclinarse ante nuestra alianza. Por lo tanto, también haremos morder el polvo al conde Ferblanc.

Lady Ballantree pasó a bordeo de la fragata del Sheik de Shmira y los barcos de los tres aliados abandonaron sin contratiempo, alejándose del mar Arábigo, para empezar la larga travesía que había de mojar sus cadenas en el mar Caribe.

SEGUNDA PARTE

MAR CARIBE

Capítulo I

Las ardientes playas de aguas turbias

Para el viajero procedente de Europa, el mar Caribe presenta una extraña configuración, a modo de extenso lago separado del Atlántico por un arco de islas de todos tamaños.

Sus verdes aguas tienen anticipación de turbulentas en el mar de los Sargazos, donde las algas acumuladas en largas franjas tupidas, semejan una alfombra tendida a ras de agua.

Trazando una elipse cuyos vértices fueran: por el Norte, el archipiélago de las Bahamas, por el Sur el golfo de Panamá, por el Oeste, la península de Yucatán y por el Este la española isla de Trinidad, quedaría encerrado en su interior, el propiamente llamado mar Antillano o mar Caribe.

Y esta elipse la trazó Narcisse Leblond con una astilla mojada en brea, tomando por pizarra la propia mesa de su camarote

—Islas de playas ardientes y de aguas turbias de sangre y costas ariscas y erizadas de salvajes y fieras, ese es el collar que rodea el Caribe. Tú ya lo conoces, “Ojos de Plata”. Pero tú, Chacal, estás en tus primicias. Yo voy a ser tu mentor.

Cheij Khan, quizá por su prolongada permanencia entre los joasmes, que, fatalistas, daban todo por escrito y previsto en el libro de sus destinos, ostentaba más pronunciado su aspecto de indiferencia desoladora.

Fenimore Graskell era el sempiterno británico impasible, por disciplina mental.

En el tiempo que duró la larga travesía hasta que las tres naves habían recalado aquella misma noche en el estrecho paso de un gigantesco acantilado del extremo Sudeste de la costa Venezolana en su frontera coa las tierras de Guiane, Narcisse Leblond había verificado frecuentes visitas a los dos otros capitanes, a los que

llamaba “sus aliados desconfiados”.

Marcó ahora un trazo en el extremo oriental de la elipse:

—Esta es, por excelencia, la playa ardiente de aguas turbias. Aproximándose al Caribe, está el delta del Orinoco. Yendo hacia el Sur, están las inhóspitas tierras de la Guiane, donde holandeses, franceses e ingleses intentan instalar factorías. Nos hallamos ahora en el acantilado del Botá, donde pocos bajeles recalan porque la vecindad es a diestro y siniestro malsana. Pero nada es malsano para “Mefisto”. Me complace ver la atención con la que me escuchas, Chacal. No soy pedante, pero sí tengo una magnífica opinión de mis propias dotes como claro exponente de lo que deseo hacer comprender. El hombre con frecuencia, por reminiscencias de su primogénito el simio, se anda mucho por las ramas Yo no, cuando el momento llega de hablar rectamente: este es el momento.

Mojó la astilla en el bote de brea y lanzó un manchón en el centro de la elipse.

—Esta mancha es el conde Ferblanc. Hay que borrarla. En el Caribe habrá sitio para nosotros tres si exterminamos la Legión del Mar. Ha quedado evidente, con una nitidez rayana en la ceguera que un relámpago produce, que los tres somos piratas de genial disposición. Tú, el más ínfimo de los tres, “Ojos de Plata”. Si no te hiciéramos sombra el Chacal y yo, serías el mejor de los piratas. Por el instante, nuestro mutuo interés, coincide en que operemos de común acuerdo, bajo mi mando porque soy el amo del Caribe y así me reconocían toda la plebe antes de que el renegado Pirata Negro se sintiera atacado de la fiebre de convertir el Caribe en mar reposado, cosa que no puedo permitir. Como nos suponemos inteligentes, lo vamos a demostrar. Podemos mordernos verbalmente, pero no pasar a vías de hecho hasta que no quede limpio el Caribe de esta mancha.

Miró Leblond a Graskell:

—¿Quieres exponer alguna genialidad, Graskell?

—Conceptúo superflua tu continua alusión a la posibilidad de que exterminada la Legión del Mar, pretenda yo quitarte la supremacía caribense.

—Tu repetidamente citado abuelo debió decirte que la verdadera ingenua no existe entre las mujeres. Es la verdadera ingenua, el hombre que fía en alguien.

—El Caribe es ancho, capitán Leblond. Yo nunca querré pelear contigo.

—Esas playas ardientes de aguas turbias exaltan, en el mejor de los cerebros, un vapor embriagante. Excitan el deseo de ser el ídolo venerado por la plebe. Lo seré yo cuando quede derrotado el conde Ferblanc. Pero tú puedes sentirte algún día muy capaz de suplantarme. ¿No es así, Chacal? ¿No crees que "Ojos del Plata" puede desear ser el rey del Caribe?

—Hay un proverbio árabe que me contó Tartar. Dice que el marido celoso sin motivo, inspira a su esposa el deseo de darle la razón. Tanto hablas de que podamos suplantarte que puedes hacernos pensar en ello. Pero por el momento, los tres tenemos un interés en común: lograr que el el Caribe sea mar de piratas ciegos donde los tuertos sean reyes. Y entre esos tuertos, el que más rápida tenga la visión ganará. Sólo que de momento es anticipar demasiado pensar en traiciones. Los tres somos sabandijas que nada esperan de la vida pero como necesitamos aguas turbias nos unimos para exterminar al león plateado que al parecer es el apodo del conde Ferblanc.

—Sabandija tú mismo — dijo secamente Fenimore Graskell.

—Tu temperamento es poco propenso a admitir verdades, "Ojo de Plata"—dijo, amablemente, Leblond.

—Las admito de ti. Pero no de ese muchacho engreído, que al hablarme parece perdonarme la vida.

—Los aires del Caribe que empiezan a hacer influencia en mi falta de entusiasmo—dijo Cheij Khan, con sonrisa extraña.

Antes, su sonrisa tenía gracejo de chacal reidor. Ahora, era un rictus cruel…

—Celebro que no os podáis mutuamente digerir, queridos aliados. Dos en concordia y tendría yo que vigilar demasiado vuestros menores movimientos. Cierto es que eres un muchacho engreído Chacal. No sé si te habrás dado cuenta de que cuando aún te colgabas del cuello de tu nodriza que debió ser una diablesa bruja, nosotros éramos ya adolescentes aviejados. ¿Otro proverbio, Chacal?

—Si El viejo marrullero resbala en la cáscara de plátano que coloca el rorro a su paso.

Narcisse Leblond rió, palmoteando el hombro de Graskell.

—Ríe, inglés. Este muchacho ha ido transformándose en un gracioso fúnebre. Gracioso, porque ha abandonado su parquedad de palabras y empieza a saber que el ahorcado saca la lengua sonriendo. Fúnebre, porque sus ojos matan...

—Lo que yo digo...—empezó a mascullar Graskell.

—¿Tú o tu abuelo?..—interrumpió Cheij Khan.

La carcajada de Narcisse Leblond fué espontánea. Fenimore Graskell escupió en el suelo, y después miró a Cheij Khan.

—Nunca he hecho un juramento, chacal. Ahora hago uno ante un testigo. Cuando la Legión del Mar quede exterminada, y reine en el Caribe el ondeo de los pabellones piratas, yo te he de matar, chacal,

—Ingenuo eres, "Ojos de Plata", porque me avisas. Yo no te odio, sino que, simplemente, te tengo considerado un aborto engañoso, porque tu apariencia es de honesto marino, y eres un vulgar contramaestre latiguero. Pero tiempo tendremos de decirnos otras lindezas, inglés. Ahora escuchemos a nuestro maestro, que está deseoso de maravillarnos con su acumulada ciencia. Volvamos a la realidad. Estamos los tres en tu camarote, capitán Leblond. Nuestros barcos se mecen en la noche venezolana del acantilado de Botá. Nos estás explicando las características de esta región, nueva para mí.

—Graskell necesita completar su tripulación, pues yo sólo he de dejarle diez hombres de los míos, que substituiré por una decena de reclutados en los alrededores. Tú tienes ciento seis joasmes, y te bastan...

—Ciento cuatro—corrigió Graskell, —Mató a dos.

—Uno porque se durmió en el turno de guardia y otro porque insinuó a los otros que tardaba yo demasiado en darles ocasión de saquear. No los maté. Los hice ajusticiar por Tartar, con hacha. Limpiamente. Los joasmes son desalmados que sólo pueden venerar al que les demuestre que es más desalmado que ellos, y ése soy yo. Hasta ahora no expliqué la razón de las dos bajas en mi tripulación, pero en este instante tú eres el capitán Leblond, y tu soplón ha resoplado de nuevo.

—No ataques a "Ojos de Plata"— dijo Leblond, seriamente—. Hay leyes de mar que no debes ignorar. Yo soy el jefe de las tres naves, mal te pese, chacal.

—No me pesa, porque te hago caso, por ahora. Sigue explicando tu lección, capitán Leblond.

—Esta noche los tres iremos a los cañaverales. Podríamos llevar escolta numerosa, pero no lo haremos. Los cañaverales son el dédalo pantanoso que sirve de frontera entre la última tierra venezolana y el principio de la Guyana. Se refugian en ellos desertores, huidos de cárceles, aventureros lunáticos y plebe mercenaria. Fácilmente se pueden reclutar desesperados. Pero todos son perros. Hay que darles un poco de azúcar y mucho látigo. Pero, ante todo, hay que impresionarlos. Yo sé que mi sola presencia basta, porque "Mefisto" es para los crédulos clientes tabernarios la personificación del diablo listo. Pero siempre hay novatos que se sienten, o infestados de la falsa valentía que da el alcohol de caña, o ávidos de demostrar que no le temen ni al propio diablo que apareciera echando azufre por los cuernos. Tú, "Ojos de Plata", tienes también renombre porque eras mi lugarteniente. Tú eres nuevo, Chacal. Vendrás, si quieres.

—¿Por qué no he de ir a los cañaverales?

—Tienes la tripulación completa.

—Entonces, no debiste decir antes que esta noche iríamos los tres a los cañaverales. Ya te conozco mejor, capitán Leblond. Para ser parisino tienes la cazurrería de un pueblerino.

—¿En qué lo has notado?

—Te gusta azuzarnos a Graskell y a mí, como el campesino que, para reírse, pica al gato y excita al ratón. Te gusta hacerme ver que los cañaverales son zona de muerte, para que yo, siendo inútil mi presencia allí, no vaya, pero quedando en entredicho que sufrí en atisbo de prudencia. Soy prudente, pero he adivinado el modo de ser de todos los piratas de este mar y contornos. Tienen que imponerse a base de desplantes, y puedo asegurarte que a desplantes nadie me va a ganar, porque quizá la brisa con efluvios del Caribe ha despertado en mí un fanfarrón estímulo del que carecía antaño. Reto a quien sea, al conde Ferblanc, primero, a ti, después, a que me ganéis a desplantes.

—Comes demasiada carne cruda— dijo, burlón, el francés

Y esta vez sonrió Graskell, complacido. También sonrió Cheij Khan.

—"Mektoub", dicen mis hermanos de raza. "Está escrito", y el

tiempo dirá si el reto del chacal no hizo menear el rabo nerviosamente a leones y a supuestos diablos rubios. Ahora, prosigamos, capitán Leblond: esta coche los tres iremos a los cañaverales y…

—Allí, por de pronto, obtendré cuantos informes quiera sobre la actual situación del condenado conde Ferblanc y sus fuerzas. Después vendrán los que quieran ser reclutados… Antes o en medio de nuestra visita a los cañaverales, surgirá el momento de toque. ¿No sabes lo que es el momento de toque?

—Soy tu discípulo en las enseñanzas primeras del Caribe, capitán Leblond.

—Momento de toque es aquel en que un hombre que presume de jefe se encuentra ante una dificultad. La dificultad de saber si debe pegar primero, o hablar, o reír, o retar. Los que observan sacan sus consecuencias, y, según el ambiente, decretan si el puesto a prueba es un jefe. El ambiente es un clima que sólo capta el marino experto. Tú no bebes vino, chacal.

—Pero he frecuentado los bajos fondos de España, Francia e Inglaterra. Y muchas son las tabernas en que “El Chacal” dejó escrito con sangre que era un jefe, porque el ganado humano ha producido pocos ejemplares de mi valía.

—Progresa, progresa el muchacho —aprobó Leblond—. No gruñas entre dientes, Graskell. Una vez te dije que este mestizo de árabe y española daría mucha guerra. ¿No has observado un detalle muy significativo? Hable con quien hable, siempre está alerta. Nadie le cazará desprevenido. Volvamos al cañaveral. Aquí no nos vendría a buscar el conde Ferblanc, y necesitamos un campo libre, que será éste. Será el primer ardid el qué emplearemos contorneando las Antillas Francesas, primer surco del arco que cierra el Caribe. Las olas del Caribe hablarán…

—Tanto citar el Caribe me recuerda al niño que de noche se cuenta leyendas de susto.

—El Caribe es la patria de los sin patria y donde imperaba la ley de los sin ley hasta la aparición del conde Ferblanc. Le tenemos cariño, chacal.

—¿Cómo hablan sus olas?

—Al igual que en las selvas se transmiten los indígenas los mensajes. Va transmitiéndose lo excepcional, y la presencia de

“Mefisto” es excepcional. Ver mi barco como buscando entrada en el Caribe, será suficiente para movilizar al perro dogo llamado Ferblanc, por mal nombre. Después, remontando al Norte, regresaremos aquí.

—Eso es una finta en esgrima, capitán Leblond Pero permite que un pirata novel haga preguntas.

—Me complace ilustrarte.

—Tres barcos pueden moverse bien por el Caribe, si, como los nuestros, son de aguda carena y de flancos de galgo.

—A mi gran pesar tengo que confesarte algo que pareces ignorar. Habla con la mayor sinceridad de que seas capaz. ¿Tú me crees un piratucho soberbio o un jefe de mar?

—A mi gran pesar, reconozco que eres un jefe valioso.

—Pues, a mi gran pesar, debo admitir que el conde Ferblanc me iguala, porque nos hace semejantes nuestra historia, aunque fuera a la inversa. Yo, de corsario, me convertí en pirata, y él, de pirata, se convirtió en cazador de los tales. A ti nada se te escapa, chacal. Si tanta importancia le doy a la Legión del Mar, es porque la manda el renegado Pirata Negro. Pongamos que yo conozco mil trampas, y que tengo en mi saco cien artimañas originales. Pues bien, el conde Ferblanc conoce mil y una trampas y un centenar de artimañas. Tú eres joven, chacal, y si te pidiera tu opinión te declararías partidario de no perder más tiempo en rodeos, y atacar.

—El caminante árabe sabe cómo coger a la escurridiza lagartija si es la de su desierto.

—Si el Pirata Negro se te antoja lagartija, es una fanfarronada excesiva aun para mí. Es un cocodrilo con muchas escamas.

—Sea, pues ya que tú lo dices.

—Espero que me creerás con más fe si, llegado el momento, el cocodrilo te hinca el colmillo. He llegado a una conclusión, chacal. Tú serás alguien si yo o el conde Ferblanc no te cortamos los vuelos.

—Gracias por el honor, capitán Leblond. Deduzco, pues, que con el conde Ferblanc debo observar la misma cautela que contigo guardo.

—Eso es—y sonrió Leblond, amistosamente—. ¿Quieres opinar, “Ojos de Plata”?

—¿Para qué contornear las francesas Antillas, señalando nuestra presencia?

—De acuerdo con este inglés—apoyó Cheij Khan—. ¿Para qué alertar a la hidra de varias cabezas, que duerme tranquila, pensando que “Mefisto” se hundió en lejanos mares?

—El conde Ferblanc, al recibir aviso de que he sido avistado con otras dos naves, se guiará por una verdad geográfica: el Caribe sólo tiene entrada por los pasos que las islas dejan entre sí. Volcará sus mercenarios en los pasos. ¡Y nosotros daremos el primer golpe por tierra!

—Pido aclaración.

—Has citado la hidra de varias cabezas. Es acertado. El conde Ferblanc supo encerrar bien el anillo, destacando fuerzas en lugares estratégicos. Pero su cuartel general está el Puerto Colombia, si las cosas no han variado. Y si no han variado las cosas, seguirá teniendo sólo dos amores: el mar y su esposa. Para enterrarlo en su primer amor bastará poner al borde de la tumba a su segundo amor.

—Puesto en claro: para coger al conde Ferblanc, cuentas con la posibilidad de la captura de su esposa. ¿Crees en la sensibilidad de un pirata renegado?

—Creo... ¿Sabes cómo llamaban al Pirata Negro? La espada justiciera, el hidalgo pirata... Cuando empezaba a darse a conocer, estuvo a punto de pudrirse, porque se ofreció al degüello para rescatar a una bella corsaria a la que amaba.

—Entonces, el cocodrilo tiene un punto vulnerable en su coraza de escamas, si es tan imbécil que pudiera sacrificarse por su esposa.

—A veces me asustas—dijo, con un aspaviento, el pirata francés —. No crees en el amor conyugal. Se impacienta “Ojos de Plata”. No gusta de los florilegios verbales. Quiere acción. Yo también y tú también, ¿no es cierto, chacal?

—Sí. Quiero acción, porque estoy enmohecido.

—Dentro de poco tendrás ocasión de desperezarte, chacal. Dime imparcialmente, “Ojos de Plata”, olvidando el odio que sientes por este muchacho: supongamos que una mujer vea a Cheij Khan vistiendo como un joven trovador de buen gusto europeo. ¿Desconfiará de él?

—Los ojos de este árabe harían desconfiar a la gacela más cándida... —dijo secamente Graskell.

—No sabes cómo entorno los parpados cuando quiero adueñarme de la voluntad de una gacela, Graskell... Pero, si mal no

te entiendo, ¿piensas utilizarme para capturar a la esposa del Pirata Negro?

—Sí.

—Es absurdo,

—¿Por qué?

—Me dijiste que ella y él se amaban como los mitológicos enamorados del Olimpo. Me fatigaría en balde tratando de enternecer a una mujer fiel a su amor.

—Ella es Mireya de Ferjus, marquesa del mismo título. En ausencia del Pirata Negro, tú puedes ser recibido como viajero francés. Hablas mi lengua natal como un parisino. He estado meditando el procedimiento más seguro para traer aquí a Mireya de Ferjus. Por la fuerza no lograríamos nada. En cambio, un joven amable y cortés podría entrar en el palacete morada de Mireya de Ferjus. Y el resto a tu alcance quedaría. ¿Qué opinas, Graskell, aunque sea a regañadientes?

—Apruebo. Este muchacho es un taimado hipócrita, que puede lograr engañar a una dama.

—Gracias, "Ojos de Plata".

—¿Aceptas, pues, el ir a Puerto Colombia?

—Acepto. Yo traeré aquí a Mireya de Ferjus, si ella ha de ser el señuelo que atraiga al león plateado.

—Daremos un doble golpe. Cuando tú, en el sitio que señalemos, aparezcas con la bella, atacaremos por tierra, dejando cenizas en Puerto Colombia.

—¿Por qué no atacar antes?

—¡Graskell, Graskell —reprochó Leblond—, he dicho cenizas, pero con un rescoldo. Algún importante militar español que pueda decir al Pirata Negro, cuando venga echando espumarajos, que su esposa ha sido raptada. En cambio, si atacáramos, y pereciera Mireya de Ferjus, de nada nos serviría tantos planes.

—Cierto —reconoció Graskell.

—Puede darse la posibilidad de que el Pirata Negro anteponga la venganza y su amor al Caribe, a entregarse a cambio de su esposa.

—Puede ser. Pero intentar un golpe fácil, debe intentarse. Queda, pues, en claro las tres partes del plan: primero, finta de insinuación de que pensamos penetrar en el Caribe, contorneando las Antillas Francesas. Segundo, tú, de viajero francés saludando a

Mireya de Ferjus. Tercero, con ella en tu poder, reunión en punto que fijaré, y ataque a Puerto Colombia por tierra. ¿Claro quedó todo?

—Clarísimo, capitán Leblond.

—No tan clarísimo, digo yo.

—¿Qué duda te inquieta, chacal?

—Déjame por unos instantes ser Narcisse Leblond, cerebro mefistofélico.

—No te costará mucho.

—Pienso como “Mefisto”, el que quiere ser reyezuelo del Caribe. “El Chacal” tiene un barco que se iguala al mío. Pero supone un constante peligro, aunque de momento sea mi aliado por fuerza mayor. Lo envío a Puerto Colombia, pero le hago preceder por un soplón que advierta qua el pretendido viajero francés es el pirata novel Cheij Khan. Le ahorcan y yo me quedo con su barco.

—No está mal, y lo pensé. Pero no me resulta. Razones: ciento cuatro joasmes no acatarán mi mando, y Tartar tampoco. Me quedaría sin barco. Te prefiero a ti, con todo el peligro que supones porque, en cambio, me proporcionaras el señuelo puede atraer a Mireya de Ferjus con seguridad, y al Ferblanc con mucha posibilidad. ¿Te convence esta argumentación?

—Casi te creo.

—De todas formas, tú eres un chacal y no un cervatillo. Sabrás tomar tus medidas previniendo toda posible trampa. Esta es la cualidad del jefe.

—Puedo anticiparte que tomaré todas las prudencias necesarias para no caer en lazo alguno.

—Bien; estamos, pues, de acuerdo. Hablando claro, no hay más engaño que el imprevisible. Dicho lodo cuanto había que especificar, podemos ya efectuar nuestra visita a los cañaverales. 1

* * *

Cuando, a las diez de la noche, la larga noche ecuatorial, llevaba Cheij Khan andadas varias leguas desde el acantilado a la zona que semejaba un mar de cañaverales, sabía ya lo que significaba la tierra de las playas ardientes y las aguas turbias.

Por entre los bosques de cañas pasaban sombras obscuras, indefinibles, y, atravesado el primer trecho, eran visibles ya pequeños puntos de luz, que Narcisse Leblond, en la oscuridad,

definió:

—Los antros d la plebe camorrista y desesperada.

Capítulo II

" **Antros de plebe**”

El pantanoso terreno de los cañaverales terminaba en la base de los altozanos que en declive conducían, ascendiendo, a las cordilleras montañosas que en larga cadena penetraban ya en tierras portuguesas del Brasil.

Por la ladera, escalonadamente, aparecían varios caserones distanciados, construidos rústicamente con paredes de cañas entretejidas y techos de bálago.

Eran los distintos centros de reunión de los prófugos, maleantes y aventureros que sabían que en aquella comarca la mano de la justicia no se dignaba rozarse por considerarlo inútil.

Aquel terreno ofrecía demasiadas facilidades de escape a los que por él vagabundeaban en espera de ocasión de hallar una salida al mar y a otras tierras.

Los distintos caserones presentaban cartelones que a las claras definían quiénes eran los que los concurrían.

Leíase “Los desarmados” en la taberna de los calificados desdeñosamente de desertores, que eran, pues, considerados hombres honestos en el inicio de la carrera del mal.

“No hay rejas” quería ser un humorístico comentario para tranquilizar a los evadidos de presidio.

“Calma chicha” calificaba el caserón mayor que los otros y dividido lateralmente en varias salas, donde se reunían los hombres de mar carentes de enrol, o huidos por fechorías de naves.

Estos últimos se guardaban muy bien de decir cuál era la fechoría cometida, porque generalmente procedían de naves piratas, y no ignoraban que, aun allí, cualquier rumor pronto se propagaba,

Y si no llegaba la justicia, venía el ofendido... Y el arreglo d cuentas ensangrentaba las paredes de caña que con sus rejillas

opacas con barro había muchas veces dado el último apoyo a un agonizante.

No era tierra sin mujeres. Había pocas y eran más respetadas que las damas más virtuosas, debido a que cada una de ellas estaba defendida por un nombre resonante.

Muchas no eran conocidas por sus propios nombres, sino por los de sus fortuitos esposos. La ceremonia del matrimonio en el Caribe era rápida, y tenía fuerza de unión… mientras viviera el marido.

La triste vida de aquellas infelices las convertía, en su mayoría, en pasivas inconscientes. Había algunas de trágico pasado, procedentes de mejores ambientes, y que habían seguido al hombre que las enamoró, para después sucumbir al fatal destino.

Toda mujer que atravesara los cañaverales ya no podía salir de ellos.

Y un pacto se establecía entre todos: durante la ausencia más o menos larga o definitiva del marido, su esposa debía permanecer en alguno de los caserones, y, transcurridos tres meses de ausencia, era pedida por otro u otros, quienes entre sí dirimían el derecho, ganando el que quedaba en pie.

Se decía que había alguna de aquellas desgraciadas que, siendo raptada de nave o ciudad, y habiendo vivido hasta entonces una pacífica existencia, vióse de pronto transportada a aquel Infierno de seres crueles y groseros.

En el caserón “Calma chicha” había una decena de mujeres, pero dos sobresalían por lo íntimamente codiciadas.

Una era Milagros “La Antillana”, de la cual se decía que había sido una rica heredera, raptada de nave que procedía de España, por un pirata muerto en reyerta.

Era la esposa de Fenimore Graskell

Otra era Gertie “La Walkiria”, esposa de Narcisse Leblond.

Las dos poseían habitación casi lujosa en el caserón, y nadie se atrevía a importunarlas, porque, antes de partir para largo viaje, Narcisse Leblond, hablando por él y por su lugarteniente, había manifestado que su ausencia duraría medio año, y que era plazo que el que no respetara debería atenerse a las consecuencia.

Entre sí las dos mujeres presentaban un contraste detonante. Milagros “La Antillana” tenía un rostro místico, pálido y de enfermiza blancura, que destacaba más por la negrura de sus largos

cabellos.

Era esbelta y tendría a lo sumo veinte años.

Gertie “La Walkiria” era una alemana corpulenta, de rostro aniñado de muñeca boba, donde los grandes ojos azules carecían de expresión, pero era una Venus que recordaba las estatuas de mármol, o, como decía el culto Leblond, “evoca el rapto de las Sabinas mientras no habla, porque al abrir la boca es más sosa que una lubina hervida”.

De todos esos pormenores Leblond informó a Cheij Khan por el camino, notificándole que la categoría de un jefe se medía por la belleza de su esposa.

Y añadió que el concepto de la belleza en aquella comarca era bastante distinto al europeo y civilizado.

En la primera sala de “Calma chicha” había dos mesas concurridas. En una reuníanse cuatro individuos, y en otra tres mestizos...

Para el servicio de comidas y bebidas había varias indias compradas, elegidas voluntariamente entre viejas incapaces de suscitar la menor pasión.

Era otro pacto: ninguna india joven vendría a los cañaverales, porque si allí no era de temer la garra de la justicia, debía, en cambio, evitarse todo roce con los indios de las cumbres.

De una a otra de las mesas ocupadas cruzábanse fragmentos de diálogos. Eran hombres taciturnos, melancólicos, de sombrío aspecto acentuado.

—Ha llegado...

—Con otros dos barcos...

—Uno lo manda el inglés...

—¿Lo sabe ya “La Walkiria”?

—Te quedas sin mujer, Hernán...

Volvieron a quedar en silencio cuando en el ancho umbral tres siluetas se enmarcaron.

Narcisse Leblond, al frente, ondeó la mano.

—La peste os pudra y el sol calcine vuestros restos, amigos míos... Despejad la sala, que la necesito. Id a las otras y anunciad que dentro de media hora enrolaré a un centenar de pelo en pecho para mí y para ‘‘Ojos de Plata”, que ha mercado a buen precio una goleta, de las mejores.

Los cuatro blancos levantáronse, desapareciendo en la sala vecina, donde se oía rumor de conversaciones.

De los tres mestizos, dos pusiéronse en pie, pero volviéronse a sentar al gesto del más alto, que apoyaba en su cinto las dos manos y miraba aviesamente a Narcisse Leblond.

—Yo soy Hernán...—dijo lacónicamente el que había impedido que los otros dos mestizos se fueran.

Narcisse Leblond avanzó hasta rozar la mesa, mientras Fenimore Graskell, con real indiferencia, sentábase en la otra mesa desocupada por los cuatro blancos.

Cheij Khan, vistiendo larga capa roja colgada de un hombro y levantada airosamente a su espalda por la punta de su tizona, cubría el rojo pañuelo que anudaba sus cabellos con un ancho sombrero de ala levantada.

Una corta casaca de terciopelo granate resaltaba aún más en contraste con la blanca camisa, y el ceñido pantalón ocre embutido en altas botas de flexible anca de potro.

Narcisse Leblond sonrió al llamado Hernán.

—No conozco tu hocico, mestizo... Te concedo el privilegio de hacerte saber que ésta es mi casa cuando se me antoja venir. Soy “Mefisto”, y mi voz es la que manda en el Caribe.

—No saques pistola, porque la mía te está acariciando—dijo el mestizo, serenamente.

—¿Me esperabas?

—Sí.

—¿Para qué? No quiero cerdos de piel obscura a mi bordo

—Ni yo serviría a un renegado corsario francés relamido y presuntuoso.

—Entonces, ¿cuál es el motivo que te ha hecho esperarme para engordar los gusanos de los cañaverales?

—Gertie “La Walkiria”.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—Es tuya. Yo no peleo por una mujer. Me sobran.

Hernán se levantó, sonriendo desdeñosamente.

—Sabes quién soy, ¿no es cierto?

—Sí—mintió Leblond.

—Esos dos compañeros míos son testigos de que te he retado y

no has querido pelea.

—Cierto.

Y, de pronto, el pie calzado do gruesa bota que abrazaba hasta las corvas las largas piernas del francés, se disparó levantando la mesa, que se volcó encima de los otros dos, mientras, avanzando el busto, agarraba Leblond por el cuello a Hernán.

Se oyeron dos disparos...

Aureolado aún por el humo, Fenimore Graskell guiñaba los dos ojos de claridad plateada, mientras soplaba en el cañón humeante de sus dos pistolas.

El mestizo Hernán forcejeó vigorosamente, pero el veloz y traidor ataque de Leblond, ganándole en ventaja fué enrojeciendo el rostro con los primeros síntomas de estrangulamiento.

A la vez, con brutales rodillazos en el vientre, iba Leblond empujándole hacia la sala vecina.

Estrangulado, y con los ojos saltados, cayó el mestizo muerto en la sala vecina, muy concurrida.

Narcisse Leblond, sonriendo amablemente, se frotó las manos.



—Yo soy Hernán dijo lacónicamente...

—Hola, compañeros. Un chorro de vino para mis manos, que están sucias.

Uno de los piratas sin barco acudió presuroso, trayendo un frasco de vino que derramó íntegro en las manos abiertas del pirata francés.

Fenimore Graskell, en silencio, apareció arrastrando por un pie a cada uno de los dos cadáveres que tras él dejaban una estela sanguinolenta.

El inglés era considerado uno de los primeros tiradores del Caribe.

Los dejó junto al cadáver de Hernán y regresó a la sala de entrada.

—Eran tres mestizos que no se fueron bastante aprisa cuando les ordené abandonar mi sala—explicó Leblond—. Uno de ellos quería hacer enviudar a mi esposa. ¿Es posible tamaña deslealtad? La mujer de "Mefisto" es como la del César: está por encima de toda rastrera mirada ajena a la mía. Hasta después, amigos.

Algunos, servilmente, aclamaron al pirata francés. Otros rieron. Muchos siguieron silenciosamente hoscos.

Cheij Khan vino a sentarse frente a Leblond cuando éste lo hizo en la esquina junto a Fenimore Graskell.

—Ya he hecho mi presentación.

—Eres veloz, "Mefisto". Y ese inglés dispara magníficamente. Ofrecían poco blanco los dos derribados tras la mesa.

—Graskell le atina a la cabeza de un alfiler clavada en el lomo de un jamelgo al galope.

—Te guarda bien las espaldas.

—Él sabe que cuando parezco renunciar a la pelea, es un aviso para que me ayude con dos disparos. Había tres camorristas, y sólo tuve que entendérmelas con uno. ¡Bah!... Poquita cosa...

—No os admiro.

—No te pido tu admiración. Supongo que dirás que tú solo habrías destrozado a esos tres mestizos en un abrir y cerrar de ojos. ¿No es así?

—Ya que lo dices, no pienso negártelo.

Narcisse Leblond ahuecó la voz paya gritar:

—¡Gertie!

Y en voz natural añadió:

—La sumisa hembra bíblica, sólo aparecía a dar la bienvenida al oír la llamada de su amo y señor.

En la sala apareció, andando como temerosa, una mujer alta, de espléndida cabellera rubia que en cascada caíale más debajo de la cintura. Era hermosa, pero sin expresión...

Se detuvo en pie tímidamente ante la mesa, mirando con miedo a Narcisse Leblond.

—Pareces asustada, Gertie. ¿No te enajena de gozo verme? ¿No brincas de loca a alegría al contemplar mi apuesta figura?

—Es la emoción—dijo ella en español gutural, temblequeante la voz, que trataba inútilmente de afirmar.

—Miente más que habla—comentó Leblond, mirando a Cheij Khan—. Es servil y estúpida. Cuando le hice el honor de concederle mi atención, me abrumó por su vacuidad. Después la moldeé, y es un encanto martirizarla...

La “voz de la sangre” habló inesperadamente en Cheij Khan:

—Tú eres el estúpido, capitán Leblond.

—Vete, Gertie. Mi lugarteniente está borracho.

La alemana no se lo hizo decir dos veces. Abandonó la sala corriendo como alma que huye del diablo...

Narcisse Leblond, fruncido el entrecejo, miró sin amenidad al hijo del Pirata Negro.

—Creo que me has llamado estúpido. ¿Por qué?

—Vanagloriarte del temor qué inspiras a una mujer es rebajarte. Eso te lo dirá cualquier pirata, de ínfima clase. ¿Es acaso hazaña martirizar a una mujer que sólo tiene apariencia de Eva, cuando es una muñeca vacía que no posee por alma más que un pánico desmesurado?

—El defensor de las oprimidas— dijo riendo Leblond—. Quiero ser ecuánime, y mi buen gusto francés reconoce que tienes razón. Los secretos de alcoba no deben pregonarse, o demuestra en quien lo hace falte de costumbre. Me he comportado como un jovenzuelo imberbe, y... ¡cuida de ti, chacal!—exclamó de pronto Leblond, asestando un puñetazo en la mesa.

Era la primera vez que Cheij Khan veía colérico al sonriente francés. Y adivinó toda la malignidad reconcentrada en los estrechos y rasgados ojos de Leblond.

—Siempre cuido de mí, “Mefisto”.

—Ante testigos no vuelvas a insolentarte. Por suerte, ni Graskell ni Gertie cuentan, porque no repetirán lo sucedido.

—No debes acalorarte. Tú me das lecciones y yo te las pago en la misma moneda.

De la sala contigua vino una muchacha. Vestía de blanco en holgada túnica que le caía desde el cuello apretadamente ceñido hasta los pies, calzados con sandalias toscas de cuero.

Semejaba una aparición....

—Buenas noches, Fenimore—saludó, con voz melodiosa.

El inglés se puso en pie inconscientemente. Volvió a sentarse al saberse observado per la burlona mirada de Leblond.

—Hola, Milagros...—dijo Graskell, bruscamente—. No te he llamado... Puedes volver a tu habitación.

—Permíteme intervenir, "Ojos de Plata". Tu esposa tiene buenos modales y tiene la mínima dosis de estupidez inherente a toda mujer. Hazme el honor de sentarte aquí, Milagros.

La española obedeció, sentándose en el único escabel libre, dando frente a Fenimore Graskell, que evitaba mirarla.

—Si te gustan los misterios, aquí tienes uno en carne viva y desdoblada, chacal. Esta hermosa lánguida parece estar enamorada de Graskell, y el inglés, ¡"saperlipopette"!, parece respetarla. Olfateo un misterio, pero soy discreto, ¿verdad, Graskell? Nunca te he preguntado cómo has logrado el prodigio de que esta doncella te tenga afecto. Quizás porque las perras apaleadas lamen la mano del que no usa el látigo...

La muchacha parecía no escuchar. Limitábase a mirar a Fenimore Graskell, que a todas luces veíase que estaba molesto.

Cheij Khan sonrió amablemente.

—Permíteme felicitarte, Graskell Tu esposa es delicadamente espiritual y adornaría el más aristocrático salón de París.

—Agradece el cumplido, Graskell. Y vete pensando que quizá tienes un rival en nuestro joven árabe apasionado.

—Puede el inglés tener la convicción de que si he de matarle no será por disputarle el amor de esta dama.

Por vez primera miró la española Cheij Khan.

Narcisse Leblond preguntó taimadamente:

—¿Desprecias a la mujer, chacal?

—Murió la que yo amaba, y desde entonces la mujer sólo es para

mí una flor inútil de grato perfume.

—Tú eres español—dijo repentinamente Milagros Diéguez, la hija del "Almirante lóbrego" primer jefe de la Legión del Mar.

Nadie sabía quién era ella... Desde que un pirata antillano atacó la nave que de las Españas la conducía a reunirse con su padre, para, raptándola, llevarla a la isla de las Tortugas, muchas incidencias habían ensombrecido la existencia de la que a los quince años había de pronto conocido un trágico vivir.

El pirata antillano la creyó cuando ella dijo ser hermana del capitán del galeón saqueado.

Sabía que, si decía quién era realmente, su padre correría el mayor de los peligros.

Había intentado por dos veces fugarse, poro los cañaverales a donde la había conducido el pirata antillano no permitían la huida a ninguna mujer...

Fenimore Graskell mató en duelo al pirata antillano, y desde hacía dos años Milagros Diéguez esperaba que la muerte de Narcisse Leblond permitiría que su lugarteniente la llevara lejos de los cañaverales.

El misterio presentido por Leblond no era más que el frío e insensible Graskell “Sin misericordia”, había entronizado a la española, amándola platónicamente con toda la reserva íntima de un corazón que nunca había experimentado el menor sentimiento humano.

—Soy español de madre árabe—dijo Cheij Khan

—¿Celos, “Ojos de Plata”?—sonrió Leblond.

—Considero superfluo exponer que mi esposa es...

—Es digna de toda tu confianza... pese a los consejos de tu abuelo. Bueno, vamos a lo nuestro. Tú eres inteligente, Milagros. Puedes informarnos de las novedades de la Legión del Mar, ¿Sigue mandándola desde lejos el almirante Diéguez y desde cerca el conde Ferblanc, el condenado Pirata Negro?

—No hay variación — replicó ella, con su parla melodiosa—. Aparte de que el bucanero Redgrave quiso atacar el destacamento de Tierrahosca y pereció con todos sus hombres. Llevaban un cartel los cadáveres firmado por el conde Ferblanc.

—Un aliado con el que contaba—se lamentó Leblond.

—Por todo el Caribe andan buscando tu estela, capitán Leblond

—informó ella, secretamente deseosa de que el francés pereciera pronto.

—Lo suponía. ¿Qué más?

—El conde Ferblanc ha jurado ahorcarte de su palo mayor, capitán Leblond.

—Recíproco es el deseo... Y pierde toda esperanza, linda doncella. Yo ganaré.

—Tu suerte no me importa.

—Otra que miente. Me odia.

—Como odio a todos los piratas.

—¿No lo es tu amado Fenimore?

—Es valiente la dama...—intervino Cheij Khan—. Muy distinta a la acobardada Gertie.

—Puedes irte, Milagros;—dijo Graskell—. Vendré a verte después de haber enrolado.

Marchóse la hija del almirante Diéguez.

Narcisse Leblond comentó, desdeñoso:

—La mujer es tal como la hace el hombre. Siempre te he afirmado, Graskell, que tú estás destinado a hacer calceta mientras tu esposa esté tendida en una hamaca. Pero soy tolerante. Cada cual con sus gustos. Bien, chacal. Nuestra compañía te asegura el pellejo. Pero puedes, si quieres, entrar solo allá—y señaló Leblond la sala contigua.

—No expongo en balde la vida de los demás. Yo reto, cuando tengo interés por algo. Te he oído decir que en el Caribe los carteles de desafío son frecuentes. Quisiera yo escribir uno.

—Pergaminos y tinta recia la hallarás... ¡Vamos, Graskell! En este antro de plebe se respira asquerosamente. Terminemos pronto con el enrol. Diez para mí y cien para ti. Mañana al amanecer zarparemos hacia las Antillas Francesas.

Quedóse Cheij Khan solo, y no tardó en llegar una desdentada india que fumaba una corta pipa que exhalaba acre humo de hierbas.

—Un pergamino, pluma y tinta— pidió Cheij Khan.

—¿Comer y beber?

—Trac dátiles, miel y carne cruda. Agua.

La india era demasiado vieja y había conocido demasiados aventureros excéntricos para extrañarse ya de nada. Tenía una

filosofía adquirida en una máxima que oyó a uno de sus caciques:

"Los blancos navegantes tienen todos el seso resquebrajado por el mucho sol de todos los mares."

Cheij Khan pidió un cuchillo, después de entregar varias monedas a la sirvienta india.

Y se levantó para leer el cartel de desafío que acababa de escribir, apuñalándolo en la mesa:

Al conde Ferblanc:

"En el lugar, día y hora que elijas, Cheij Khan, "El Chacal", te reta, por cobarde y traidor a tu casta."

Oyó en la sala contigua voces roncas que iban declinando sus propios nombres.

Y la áspera voz de Fenimore Graskell, que replicaba:

—Pacto y choca. Muerte y horca.

Y otras, la misma voz mascullaba:

—No sirves.

Abandonó Cheij Khan el caserón, retirándose a bordo a dormir, A la madrugada, Tartar le despertó.

—El capitán Leblond te aguarda en la lancha, Cheij.

Al salir Cheij Khan, el tártaro que conocía el idioma persa, preguntábase por enésima vez qué significado tendrían las palabras escritas en tatuaje en el antebrazo de "El Chacal".

Dominaba perfectamente el persa, y no obstante desconocía el significado de las letras, que decían:

"Carlos Lezama. Lanzarote."

Sólo comprendía la fecha: "11 de marzo de 1711".

Capítulo III

Preparando la trampa

A la indecisa luz del amanecer aún vacilante, al costado del “Islam”, la lancha capitana de Leblond mecíase balanceada por la suave oleada del estrecho acantilado de Botá.

En ella, Narcisse Leblond saludó secamente a Cheij Khan al éste descender por la escalerilla y penetrar en la lancha, sentándose frente a él.

—¿Qué es esto, chacal?

Y con la bota taconeó Leblond un madero que había sido la noche precedente la parte superior de una mesa.

—Tú sabes leer, capitán Leblond,

—No estoy para ironías. Eso es una niñería y un desacato a nuestro convenio.

—¿Niñería?

—Nadie llevará ese cartel al Pirata Negro.

—Tú dijiste que las olas y tierras del Caribe hablan. Quien lo haya leído, lo irá comentando.

—Suponiendo que el conde Ferblanc acepte el reto y te señale lugar y hora, ¿acudirías?

—Posiblemente.

—Nuestro convenio te obliga a respetar lo pactado. El conde Ferblanc me pertenece vivo.

—Vivo te lo entregaría.

—Escúchame, chacal: no quiero pelear contigo... antes de tiempo. Pero te juro que si mataras al conde Ferblanc inventaría una nueva tortura para ti, peor que la que le administras al enjaulado que te entretiene a bordo.

—¿Qué más?

—Zarpamos.

—¿Rumbo?

—Sigue la estela de la goleta.

—¿Algo más?

—Nada. Puedes volver a tu bordo.

—No.

—¿Estás aun durmiendo, chacal?

—Tengo el despertar veloz. Quiero este cartel.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Por nuestra singladura tropezaremos con algún barco de pescadores. Ellos recibirán ese cartel.

—Tu capricho puede favorecerme. Pero no olvides nuestro convenio... Hasta ahora todo te lo he consentido.

—Muy grave estás al amanecer.

—Emprendemos una gran empresa, que tú pareces tomarte a juego. Tenemos que exterminar la Legión del Mar.

—La lucha me agrada. Pero para mí vidas y muertes son cosa de juego: es la existencia. Lobos entre lobos, hienas y víboras.

—A nuestro regreso al acantilado partirás a Puerto Colombia en busca de la marquesa de Ferjus.

—Sí.

—En el fondo me causas gracia, chacal.

—Dicen los españoles que más vale caer en gracia que ser gracioso. No obstante, no pretendo divertirte, ni mucho menos. Me diviertes tú.

—¿Por qué?

—Me temes.

—Porque tu alma es repelente y tu aspecto es agradable. Eres un engendro demoníaco,

—Empiezas a comportarte como un supersticioso pirata de poca clase, capitán Leblond. ¿En qué te divierto?

—Tu reto al conde Ferblanc demuestra que te consideras superior a todos. Que te crees invencible... Y una bala o un veneno terminan con el más valiente.

—La india probó anoche, antes de que yo comiera, un dátil, un poco de miel y masticó un trozo de carne. Bebió un sorbo de agua, y un cuarto de hora después comí y bebí yo. A bordo, es Tartar quien cata mis yantares.

—El plomo atraviesa el espacio.

—Graskell fallaría, y no lo intentará hasta que tú no se lo ordenes.

—Es graciosa lo seguridad que en ti tienes. ¿Cuál es el secreto de tu confianza en ti mismo?

—Odio la vida. Desprecio la muerte. Todo me da igual. Pero no soy un suicida. Antes de descansar para siempre, he de llevarme por delante a muchos como exploradores que me abran camino en la intrincada selva del Más Allá.

—¡Qué lástima!

—¿De qué?

—Que tengas el salvaje carácter independiente de un chacal sin doma. Tú y yo... podríamos ser los amos del Caribe.

—Cuando la Legión del Mar haya desaparecido, tú o yo sobraremos en el Caribe. Lo sabes.

—Lo sé. Pero ¿por qué no podemos unirnos?

—Porque eres un despreciable verdugo incapaz de saber lo que es un gesto de hidalgo. Prefiero al inglés. Al menos, ése es capaz de amar. Por tanto, es mejor que tú y yo.

—A ratos tienes apariencia de humano, Cheij Khan. Eres un enigma viviente. Como si en ti lucharan dos personalidades.

—El hombre es un complejo de muchas almas debatiéndose entre sí. Pero todas las tuyas son perversas.

—Bien. De acuerdo. No hay pacto posible entre dos inmundos vesánicos como tú y yo.

—Tú lo has dicho.

Recogió Cheij Khan la tabla del suelo, pero levantándola con los pies, sin inclinarse.

—¿Te humilla el doblar la cerviz ante mí, chacal?—preguntó, sonriendo, Leblond.

—No. Te citaré un proverbio árabe: “Ni delante de tu propio hermano. si está armado, presentes tu espalda desnuda.” Vivirás largo tiempo observando esta prudencia.

—¿Qué más da? ¿No sientes odio a la vida?

—Morir por una puñalada tuya sería para mí la peor de las agonías, capitán Leblond, porque moriría llamándome imbécil.

—La concordia reina entre nosotros hasta el fin de la Legión del Mar y la horca erigida para el conde Ferblanc.

—Sí. Porque quiero un Caribe libre de vigilancias, donde se

imponga el más inteligente y el más fuerte. Yo.

Narcisse Leblond rió y seguía riendo cuando Cheij Khan subía la escalerilla con acrobático alarde, dándole frente y llevando bajo el sobaco el cartel de desafío.

Pero reía sin ganas…, casi con temor. Y rabiosamente propinó un puntapié a uno de los remeros para que se alejara del costado del “Islam”.

Las tres naves, poco después, una tras otra, abandonaban el acantilado de Botá.

Ya en alta mar, Cheij Khan internóse en el compartimiento especial donde un ser barbudo, greñudo y flaco murmuraba incoherentes palabras.

El robusto y parlanchín Lyon d’Arcy habíase ido convirtiendo en un despojo humano, sin vitalidad.

Comía y bebía con afán de animal entontecido. Sólo aullaba aguda y pavorosamente cuando, como ahora, veía a un joven de aspecto atractivo y soñador mirarle fijamente.

Babeando y cansado de aullar, quedóse Lyon d’Arcy acurrucado en el fondo de su jaula.

—No pagarías ni con mil vidas, Lyon d’Arcy, el mal que me has hecho, destruyendo el único fondo de bondad que había en mi alma. La muerte de todas mis ilusiones ha sido tu crimen, Lyon d’Arcy. Yo sé que no estás loco, y me oyes perfectamente.

—¿Cuánto… cuánto tiempo… durará esto?—preguntó, con un hilo de voz, el gascón.

—Los barrotes son de madera y no puedes romperte la cabeza. Son lo suficientemente sólidos para que no los puedas quebrar. Eres una ruina humana, Lyon d’Arcy. Mataste mi alma y no hay castigo suficiente para ti. Pero ya sabes lo que te he advertido; come y bebe, porque, si no, te daré nuevo vigor con astillas entre tus uñas y la carne, y con sopletes de fuego en las plantas de tus pies. No te quejes, Lyon d’Arcy. Tú vives…, ¡y yo soy un muerto en vida!

El aullido prolongado de Lyon d’Arcy anunció que, como siempre, Cheij Khan se despedía momentáneamente de él, acariciándole la cabeza.

Por dos veces el gascón, enloquecido, había intentado morder la mano del hijo del Pirata Negro.

Un brusco revés en manotazo le había quebrado dientes… Y no

fué el dolor físico el que hizo sufrir a Lyon d'Arcy, sino la indefinible sensación de que no era un hombre el que le tenía prisionero, sino un ser satánico.

En el puente de mando a proa, Tartar saludó al joven capitán del "Islam", llevándose la mano al corazón.

—Rumbo al Caribe vamos, Tartar. Pronto llegará el día en que renueves las hazañas que llevaste a cabo en el Mar Arábigo.

—Hoy tú sabes de maniobra lo mismo que yo sé, Cheij. Y eres mi superior en fuerza y en inteligencia. Pero...

—Habla sin temor, Tartar.

—Tu reto al mundo entero es valiente, Cheij, pero... vigila al demonio de los ojos verdes.

—¿Qué demonio es ése?

—Hombres y olas son de perversa condición por esas latitudes, Cheij. Y el demonio de los ojos verdes va adueñándose de ti, Cheij. Te hará perverso... Y el perverso sucumbe más fácilmente que el indiferente.

—La sabiduría habla por tu boca, Tartar. Déjame replicarte con un proverbio del viejo Harbin-el-Neil: "No quiero que el camellero me aconseje en mi hogar, sino que conduzca mi camello". ¿No entiendes, Tartar?

—Sí, capitán Cheij. Yo conduzco tu navío, y no volveré a cometer la irreverencia de aconsejarte. Perdona, capitán Cheij.

Y el gigante Tartar retrocedió de nuevo, para adoptar su continente estatuario, doblados los brazos ante el busto.

El "Islam", cabeceando ágilmente, seguía en pos de la entela de la goleta "Satanela"... Y al frente iba el "Mefisto", abriendo la ruta hacia las islas francesas antillanas..

En aquella finta empezaba el duelo a muerte entre las tres naves piratas y la Legión del Mar.

PRÓXIMO EPISODIO:
LA COSTA DORADA

Notas

[1] Ver Un pirata novel<<